

# El Pequeño Vampiro

*se cambia de casa*



ANGELA SOMMER-BODENBURG



El pequeño vampiro es expulsado de la cripta porque tía Dorothee descubre que tiene contacto con humanos. Rüdiger necesita que Anton le deje colocar el ataúd en el sótano de sus padres. Con ello comienza un período estresante para Anton, pues no sólo tiene que convencer a sus padres de que no bajen al sótano, sino también lidiar con el problema de los vecinos, que notan el penetrante olor de Rüdiger.





Angela Sommer-Bodenburg

# **El pequeño vampiro se cambia de casa**

**El pequeño vampiro -2-**

ePUB r1.0  
Eibisi 02.06.13

Título original: *Der kleine Vampir zieht um*  
Angela Sommer-Bodenburg, 1980  
Traducción: José Miguel Rodríguez Clemente, 1988  
Ilustraciones: Amelie Glienke

Editor digital: Eibisi  
ePub base r1.0







*A Anton le gusta leer historias emocionantes y espantosas. Especialmente le encantan las historias de vampiros, de cuyas costumbres está totalmente al corriente.*



*Rüdiger, el pequeño vampiro, es vampiro desde hace por lo menos ciento cincuenta años. El hecho de que sea tan pequeño tiene una razón sencilla: se convirtió ya de niño en vampiro. Su amistad con Anton empezó estando una vez Anton nuevamente solo en casa. Allí estaba de repente el pequeño vampiro sentado en el poyete de la ventana. Anton temblaba de miedo, pero el pequeño vampiro le aseguró que ya había «comido». Realmente, Anton se había imaginado a los vampiros mucho más terribles y, después de que Rüdiger le confesara su predilección por las historias de vampiros y su temor a la oscuridad, le encontró verdaderamente simpático. A partir de entonces la vida bastante monótona de Anton se volvió muy emocionante: el pequeño vampiro trajo consigo también una capa par a él, y juntos volaron hacia el cementerio y la Cripta Schlottertein. Pronto conoció Anton a otros miembros de la familia de vampiros.*



*Anna la Desdentada es la hermana pequeña de Rüdiger. No le han salido todavía dientes de vampiro, de forma que ella es la única de la familia de vampiros que se alimenta de leche. «¡Pero ya no por mucho tiempo!», matiza ella. También lee historias horripilantes.*



*Lumpi el Fuerte, hermano mayor de Rüdiger, es un vampiro muy irascible. Su voz, a veces alta, a veces chillona, demuestra que él se encuentra en los años de crecimiento. Lo único malo es que no*

*saldrá nunca de este difícil estado, porque se convirtió en vampiro durante la pubertad.*



*Los padres de Anton no creen en vampiros. La madre de Anton es maestra; su padre trabaja en una oficina.*



*Tía Dorothee es el vampiro más sanguinario de todos. Encontrarse con ella después de ponerse el sol puede resultar mortalmente peligroso.*



*El guardián del cementerio, Geiermeier, persigue a los vampiros. Por eso los vampiros han trasladado sus ataúdes a una cripta subterránea. Hasta hoy, Geiermeier no ha conseguido encontrar el agujero de entrada a la cripta.*

*A los restantes parientes del pequeño vampiro no llega a conocerlos Anton personalmente. Pero ha visto una vez sus ataúdes en la Cripta Schlotterstein.*

# Susto en la bañera

Anton estaba en la bañera leyendo *En la morada del Conde Drácula* cuando llamaron a la puerta de la casa.

«¡Espero que no sea para mí!», pensó, y levantó la vista del libro. Oyó cómo su madre iba hacia la puerta y abría. Después volvió por el pasillo y llamó a la puerta del baño.

—¡Para ti! —dijo ella.

—Estoy leyendo —gruñó Anton—. ¿Quién es?

—¡Un vampiro!

—¿Un vampiro? —exclamó Anton sobresaltado.

Estuvo a punto de dejar caer el libro en el agua. Pero, en realidad, su madre sólo podía haber pensado esto irónicamente, ya que, después de todo, ella no creía en vampiros. A pesar de que había conocido recientemente a dos. Más, al igual que su padre, ella había creído que ambos, con sus capas de vampiro que olían a moho, no eran más que dos niños absolutamente normales que, simplemente, habían hurgado demasiado hondo en el baúl de la abuela.

—¿Qué vampiro es? —preguntó Anton, ahora con cautela.

—Rüdiger —contestó ella.

Anton se asustó. ¡Si Rüdiger venía a su casa, tenía que haber ocurrido algo horrible!

—¡Un momento! —exclamó saliendo de la bañera—. ¡Voy!

En el pasillo estaba el pequeño vampiro. Su rostro parecía gris y enflaquecido, y sus ojos rojos flameaban como si tuviera fiebre.

—Tengo que hablarte —susurró.

Anton tragó saliva.

—¿Aquí? —dijo pasando la vista por la sala de estar en donde estaban sentados sus padres.

El vampiro le echó una mirada suplicante.

—Me tienes que ayudar —susurró.

—¿Yo? —balbució Anton.

—Sí, tú eres mi único amigo.

—Y... ¿cómo?





—Ven al cuarto de las bicicletas tan pronto como puedas —dicho esto, el vampiro se dio la vuelta y desapareció.

—¿Se ha marchado ya? —gritó la madre—. Os había preparado un zumo.

—De todos modos, no lo toma —dijo Anton, quien ahora tenía otras preocupaciones. ¿Cómo iba a conseguir estar a las siete de la tarde en el cuarto de las bicicletas sin levantar sospechas?

Mientras se vestía dijo de pasada:

—Tengo que bajar otra vez.

—¿Ahora? —dijo la madre—. ¡Pero si tu pelo está completamente mojado...! ¿Tiene algo que ver con ese extraño amigo tuyo? —preguntó ella desconfiando de repente.

—No —dijo Anton.

—¿Y adonde vas a ir?

—A llevar mi bicicleta al sótano.

—¿Tu bicicleta nueva? —Esa era la voz del padre—. ¿Quiere eso decir que te la has olvidado fuera?

—Sí —Anton estuvo a punto de reírse en alto porque, de todos modos, la bicicleta estaba ya hacía dos horas en el sótano.

—¡Y tú tan tranquilo en la bañera! —increpó el padre.

—Ya voy —dijo Anton.

Riendo irónicamente abrió la puerta de la casa y apretó el botón del ascensor. ¡Vaya un teatro por una miserable bicicleta! Ya sólo faltaba que su padre mirara desde la puerta y gritara: «¡No te olvides de cerrar!» Llegó el ascensor y Anton se montó en él. Cuando bajaba le vino a la mente lo agotado que parecía el pequeño vampiro y lo atormentada que había sonado su voz. De repente se le quitó por completo el buen humor. ¿Qué es lo que habría llevado a Rüdiger a ir a su casa y pedirle ayuda? ¿Acaso el guardián del cementerio había descubierto la cripta de los vampiros y era Rüdiger el único superviviente? Con estos pensamientos, el corazón empezó a latirle más deprisa a Anton; eso significaría, sin duda, que también Anna, la hermana pequeña de Rüdiger... ¡No! ¡Tan fáciles de atrapar no eran los vampiros!; ¡ni siquiera por Geiermeier, el guardián del cementerio! Aunque..., inofensivo no era, pensó Anton. Sabía por medio de Rüdiger que Geiermeier tenía la ambición de llegar a tener el primer cementerio sin vampiros de Europa. Anton había llegado al corredor del sótano. Abrió la puerta y escuchó... ¡Nada! Con precaución, dio un par de pasos y, entonces, apretó el interruptor de la luz: el corredor estaba vacío, la puerta que daba al cuarto de las bicicletas, cerrada.

Continuó lentamente. Ante el cuarto de las bicicletas permaneció de pie escuchando atentamente. Aún seguía sin moverse nada. Tomó aire profundamente y empujó hacia abajo el manillar de hierro de la puerta. Un olor familiar le golpeó: ¡olía a moho y aire de ataúd!

—¿Rüdiger? —preguntó temeroso.

—Pssst —se oyó desde la oscuridad del cuarto—. ¡Entra y cierra la puerta!

# Cripta prohibida

Mientras Anton cerraba tras sí la puerta, pudo, con la luz que entraba del corredor, reconocer, precisamente, las bicicletas que estaban apoyadas en la pared, así como una gran caja sobre la que se proyectaban sombrías dos figuras. Entonces todo se volvió oscuro, y pasaron un par de minutos antes de que sus ojos se acostumbraran a la penumbra procedente de dos pequeñas ventanas del cuarto. Ahora veía que las figuras llevaban capas y tenían pálidos rostros de muerto. ¡Por tanto, vampiros! El más pequeño y flaco era, sin duda, Rüdiger... pero, ¿quién podía ser el segundo vampiro, más alto y fuerte, Rüdiger? —preguntó Anton inseguro.

—¡Sí! —llegó la respuesta—. ¿Por qué no te sientas?

—¿Se... sentarme? ¿Y dónde?

—¡Aquí! ¡Junto a nosotros, sobre el ataúd!

—¿Ataúd?

Entonces... ¡La gran caja era un ataúd! Un terrible pensamiento recorrió a Anton: si ahora resultara que el ataúd era para él... Después de todo, él había leído muchas veces cómo personas normales se convertían en vampiros...



—¡Ven ya! —exclamó Rüdiger impaciente.

Temblándole las rodillas, Anton anduvo a tientas hacia el ataúd y se sentó justo en el filo.

—¿Acaso tienes miedo? —se rió Rüdiger junto a él.

—Yo...

—Claro que tiene miedo —se oyó una segunda voz estrepitosa que a Anton le resultó conocida—. ¡Es que no sabe lo que le espera!

—Yo..., tengo que volver arriba enseguida —murmuró.

—¿Acaso has dicho adonde ibas? —preguntó cortante Rüdiger.

—Nnn..., no —tartamudeó Anton.

—Está bien —la voz de Rüdiger volvió a sonar conciliadora—. Entonces voy a aclararte de qué se trata.

Hizo una pausa y escuchó. Anton intentó echar un vistazo al vampiro grande pero no pudo distinguir nada preciso.

—¡Escucha! —Aunque todo estaba tranquilo, Rüdiger hizo caer su voz hasta un susurro—. Me he escapado de casa. Me han prohibido la cripta.

—¿Prohibido la cripta? —preguntó Anton sin comprender.

—¡Sí! No me está permitido pisar nunca más la cripta.

—¿No? ¿Por qué no te permiten volver a casa?

—Porque ¡tenía trato amistoso con seres humanos! ¡Eso para los vampiros está totalmente prohibido!

—¿Y cómo lo han sabido? —preguntó Anton.

—Por mi tía Dorothee —contestó Rüdiger—. Me ha estado espiando durante semanas. Después lo ha contado todo ante el consejo de familia y éste ha decidido la prohibición de cripta.

—¡Vaya infamia! —dijo Anton indignado—. ¿Y dónde vas a vivir ahora?

—Bueno... —dijo Rüdiger tosiendo ligeramente—, ¡en tu casa!

—¿En mi casa? —exclamó Anton asustado—. ¿Cómo puedes pensar eso? Mis padres...

—Pero no en la casa —le interrumpió Rüdiger—. ¡En el sótano, naturalmente!

—¡Pero aquí puede entrar todo el mundo! —Anton señaló las bicicletas que estaban junto a la pared—. Todo el mundo puede encerrar aquí su bicicleta.

Rüdiger hizo un ademán de impaciencia.

—¡Aquí no! ¡En vuestro sótano!

—¿Qué? —exclamó Anton horrorizado—. Pero es que mis padres se van a dar cuenta en seguida.

—Tonterías —dijo el segundo vampiro—; ¡tienes que ser inteligente!

—¿Y si mi madre quiere recoger algo del sótano? Por ejemplo, vino.

—¡Entonces vas tú! —graznó el vampiro grande.

—¿Y si mi padre quiere montar algo?

—Entonces..., entonces tienes, simplemente, que disuadirle. Encender la televisión... o traerle el periódico deportivo...

—Mi padre no lee periódicos deportivos —dijo Anton.

—¡Maldita sea! —exclamó el vampiro—. ¡Entonces le llevas otra cosa, tan tonto no eres!

—Ya, ya —Anton cambió rápidamente de actitud para no irritarle aún más. ¿Sería Lumpi el segundo vampiro? Realmente sólo Lumpi, el hermano de Rüdiger, era tan irascible. ¡Anton le tenía un miedo cerval cuando recordaba sus antiguos encuentros con él!

—¿Y el a... ataúd? ¿También tiene que ir? —se dirigió a Rüdiger con voz temblorosa.

—¡Claro, el ataúd es lo más importante! ¿Dónde voy a dormir si no? —exclamó Rüdiger—. ¿O te crees que lo hemos arrastrado desde la cripta hasta aquí por placer?

—No —murmuró—. Sólo lo decía porque... nuestro sótano está bastante lleno.

—¡Pues entonces tendremos que hacerle sitio! —declaró Rüdiger poniéndose en pie. También el vampiro grande se bajó, deslizándose, del ataúd—. ¿Nos vamos ya de una vez? —rugió.

—Un mo... un momento —dijo Anton—; es que... no tengo la llave del sótano.

—¿Y dónde está?

—A... arriba. No sabía que...

—¡Venga, entonces ve a por ella! —exclamó el vampiro grande indignado.

—¡Y date prisa!

—Sí —dijo Anton, y fue hacia la puerta dando traspiés.

# Juego con trampas

Sin encender la luz, Anton atravesó corriendo el corredor y subió las escaleras del sótano hasta el ascensor.

¿Con qué motivo iba a decir a sus padres que tenía que bajar de nuevo al sótano? ¿O debía entrar en la casa a hurtadillas para recoger la llave?

¡Pero ya había estado mucho tiempo fuera y, si no volvía en seguida, seguro que bajarían ellos para ver qué ocurría! Quizá debería buscarse una excusa. ¡Sí, ésa era la mejor idea! Aliviado entró en el ascensor y subió.

—¿Anton? —preguntó su madre cuando él abrió la puerta de la casa.

—¿Sí? —dijo él con la voz más alegre de que fue capaz.

—¡Ven aquí! ¿Dónde has estado tanto tiempo?

—¿Yo...? En el sótano. Además, me he encontrado a uno del colegio.

—Ya, ya —dijo su padre burlonamente—. En el sótano, ¿eh?

—¡Claro que no! En la escalera.

—¿Y quién era? —preguntó la madre.

—Andreas.

—Creía que no te gustaba.

—Humm..., sí —dijo arrastrando la palabra—. Además, me ha invitado. A jugar al *monopoly*.

¿Puedo llevarme el juego abajo?

—¿Ahora? —exclamó la madre.

—¡Pero si sólo son algo más de las siete!

¡Pensaba en los vampiros, que llevaban ya casi diez minutos esperándole! Y en caso de que el segundo vampiro fuera realmente Lumpi... ¡seguro que le daría un tremendo ataque de ira si les hacía esperar más!

—Menuda invitación, que tienes que llevar tu juego —rezongó el padre.

—¿Por qué? —dijo Anton—. El no tiene ninguno.

—¿Y dónde vive ese Andreas? —preguntó la madre.

—Eh... eh... el segundo piso.

La madre lo miró examinante durante un momento y luego dijo:

—¡Pero a las ocho vuelves a estar arriba!

—Claro —exclamó Anton mordiéndose la lengua para no echarse a reír; pues entonces...

De puntillas, fue hacia el tablero de las llaves, tomó de la escarpia la del sótano y se la deslizó en el bolsillo del pantalón. Ya estaba en la puerta de la casa cuando su padre gritó:

—¿No ibas a llevarte el juego?

—Ah, sí —susurró—, na... naturalmente.

Corrió rápidamente a su habitación. ¿Dónde había visto él el juego por última vez? ¿En el escritorio? En vano, buscó de arriba a abajo en los cuatro cajones. En la estantería tampoco estaba, y en el ropero sólo encontró álbumes de sellos y tebeos. Por último, su vista fue a dar en los juegos reunidos. ¡Se los llevaría entonces! Se colocó la caja de cartón bajo el brazo y salió al

vestíbulo.

—¡Hasta luego! —exclamó cerrando tras sí la puerta de la calle.



# Portadores de ataúdes

—¡Al fin! —recibió el vampiro grande a Anton en el cuarto de las bicicletas—. ¡Has tardado un siglo!

—Yo..., he tenido antes que contar a mis padres adonde iba.

—¿Y? —exclamó Rüdiger—. ¿Qué es lo que has dicho?

—Que iba a casa de un amigo.

—¡Bah... amigo! —siseó el vampiro grande—. ¡Mejor ayúdanos a cargarlo!

—¿Y el juego? —preguntó desamparado Anton.

—¿Qué juego? —El vampiro examinó la caja de cartón que estaba bajo el brazo de Anton—.

¡Dámelo! —al decir esto, agarró la caja de cartón y la hizo desaparecer bajo su capa.

—¡Eh! —protestó Anton mirando a Rüdiger en busca de ayuda. Sin embargo, éste sólo se encogió de hombros.

—¡Venga, vamos! —bramó el vampiro grande—. ¡Agarra! ¡Tú delante y Rüdiger detrás!

—¿Y tú? —preguntó Anton mientras levantaba el ataúd.

—¡Yo mantendré la puerta abierta!

El ataúd pesaba más de lo que él había pensado, ¡y Rüdiger tampoco era precisamente el más fuerte! Jadeando, alcanzaron la puerta del sótano de Anton.

—¿Qué pasa? —preguntó el vampiro grande observando con sarcasmo cómo Anton y Rüdiger se frotaban los dedos doloridos.

—¿Có... cómo habéis conseguido traer el ataúd hasta aquí? —preguntó Anton.

—Lumpi lo ha traído —contestó Rüdiger.

—¡Y, además, solo! —exclamó Lumpi.

—Vaya —susurró Anton. Entonces era efectivamente Lumpi el Fuerte. Lleno de respeto lo miró de soslayo. ¡Reñir con Lumpi podía ser muy peligroso!

—¿No vas a abrir de una vez? —refunfuñó Lumpi.

—En... en seguida —dijo Anton sacando presuroso del bolsillo la llave del sótano. Con manos temblorosas la introdujo en el candado; la puerta se abrió chirriando. Lumpi empujó el ataúd dentro del cuarto y cerró la puerta tras ellos.

—¿De... debo encender la luz? —tartamudeó Anton.

—¿La luz? —resopló Lumpi—. ¿Estás loco?

—¡Pero si no vemos absolutamente nada!

—¡Yo sí! —declaró Lumpi, y empezó a echar a un lado las cajas de cartón que había en el centro del cuarto.

—¡Cuidado! —gritó Anton—. ¡Eso son botellas de vino!

Demasiado tarde; se produjo un ruido de cristales y empezó a formarse un gran charco en el suelo.

—No importa —declaró—, ya se secará.

—¿Y dónde va a ir mi ataúd?

—¡Detrás, entre los trastos!

—¿Entre los trastos? —exclamó indignado Rüdiger.

—¡Claro que sí! ¡Allí llama menos la atención!

—Nosos... nosotros no tenemos trastos —dijo Anton—. Mi padre pone el só... sótano en orden todos los meses.

—¡¿Qué?! —gritó Rüdiger—. ¿Y eso lo dices ahora? ¿Y si me encuentra al hacerlo?

—Eso ya sabrá impedirlo Anton —dijo Lumpi golpeando afablemente a Anton en el hombro—; ¿no es cierto?

—¿Eh...?, sí —susurró Anton, que se puso muy malo pensando en lo que le podía esperar en las semanas siguientes.

—Yo, eh..., voy a recoger las tijeras —metió la mano en la caja de cartón y dio un grito—. ¡Ay, mi dedo!

Lumpi se acercó interesado:

—¡Déjame ver! —y con voz más ronca por la excitación exclamó—: ¿Sangre?

—Sss..., sí, eh..., no —dijo Anton metiéndose rápidamente en la boca el dedo, que sangraba intensamente—; ya... ya se ha cortado.

Vampiros y..., ¡sangre! Sabía que los vampiros se alimentan de sangre y en algún sitio había leído que ¡pueden oler una gota de sangre incluso a metros de distancia!

—¿No..., no íbamos a colocar el ataúd? —preguntó distrayendo la atención—. Además, debo volver en seguida arriba...

—Eso puede esperar —contestó Lumpi—. ¡Primero quiero ver tu dedo!

—A... aquí —balbució Anton. El corte aún estaba, pero ya no sangraba.

Lumpi olisqueó los dedos uno a uno.

—Nada —murmuró. Enfurecido, se dio la vuelta—. ¡Vamos! —ordenó a Rüdiger—; ¡pongamos de una vez el ataúd en otro sitio! ¡Tengo hambre!

—¿No debería encender la luz? —preguntó Anton—. ¡Quién sabe lo que aún podría estropearse si no!

—Por mi parte... —refunfuñó Lumpi.

Anton giró la llave de la luz y se quedó de pie atemorizado: Lumpi tenía un aspecto tan terrorífico que se le pusieron los pelos de punta; blanco como la leche, con una boca grande y roja como la sangre, de la cual salían hacia delante unos colmillos como los de una fiera.

—¿Qué pasa? —exclamó Lumpi—. ¿No vas a ayudarnos?

—Sss... sí —balbució Anton.

—¡Me gustaría detrás de aquella caja! —declaró Rüdiger.

—No puede ser —dijo Anton—. Esa es la caja de las patatas. Está fija a la pared.

—Entonces, junto a la caja —precisó Rüdiger.

Lumpi empujó el ataúd hasta la pared y miró alrededor suyo buscando por el cuarto. Descubrió un montón de listones de madera con los que el padre de Anton quería revestir la pared de la cocina.

—¡Hombre! —exclamó—, ¡justo lo más apropiado!

Los apoyó inclinados contra la pared del cuarto de forma que el ataúd desapareció detrás de

ellos.

—¡Y ahora —bramó— debo comer algo en seguida o si no voy a desplomarme! ¿Vienes, Rüdiger?

Anton se sobresaltó. Pero el hambre de Lumpi no parecía referirse a él, pues estaba ya en la ventana del sótano y abría la tela metálica. Con un fuerte brinco saltó hacia arriba y trepó al exterior. Rüdiger lo siguió.

—¡Y deja la ventana abierta!, ¿de acuerdo? —siseó Lumpi extendiendo los brazos bajo su capa.

—Sí —dijo Anton. Oyó cómo los vampiros se elevaban en el aire. Después se hizo el silencio.

«¿No habré soñado todo esto?», pensó Anton.

Pero allí, junto a la pared, estaban los listones, ¡y detrás estaba el ataúd de Rüdiger!

Afligido, se dirigió a la puerta, apagó la luz y volvió a colocar el candado. ¡Puede que vengan malas semanas!

# Sombrias perspectivas

Los padres de Anton seguían sentados delante de la televisión.

—Bueno, ¿qué tal te ha ido? —exclamó el padre.

—Bien —dijo Anton, que se quería ir a su habitación saliendo por la puerta de la sala de estar.

Estaba muerto de cansancio.

—¿Y qué tal el *monopoly*?

Anton se quedó parado.

—También bien —dijo bostezando.

—¿Lo has traído de nuevo?

—Sí.

—¡Qué raro! —dijo el padre—; hubiera podido jurar que has pasado por la puerta sin el *monopoly*.

—Ya lo he llevado a mi habitación.

—Ya, ya. ¿Y cómo te explicas tú que esté aquí, encima de la televisión?

—¿Encima de la televisión? —dijo Anton asustado.

—Sí, señor —exclamó el padre—. ¿Qué dices ahora?

—Yo..., no lo he encontrado antes —susurró Anton—, y..., entonces...

—¿Sí?

—... entonces..., me he llevado los juegos reunidos.

—¿Y dónde están ahora?

—Se me han olvidado.

El padre resopló indignado.

—¡Estupendo! —exclamó—. Si todos hicieran con sus cosas lo mismo que tú...

En ese momento empezó el telediario. El rostro del padre adquirió en seguida una expresión de atención e hizo un ademán negativo en dirección a Anton que significaba que ahora tenía que callarse.

—¿Me puedo marchar? —preguntó Anton con cólera mal contenida.

El padre no respondió, pero la madre se puso en pie y colocó un brazo en el hombro de Anton.

—¡Anda, vete! —dijo amablemente—. Yo también voy —en el pasillo dijo ella—: Ya conoces a tu padre con su telediario.

—¡Primero me exprime como a un limón! —dijo Anton indignado—, ¡y luego no tiene nada más importante que hacer que ver el telediario!

—¡Es que le gusta saber qué es lo que ocurre en el mundo!

—¡Bah! —increpó Anton—; ¡pero si es todos los días lo mismo! Siempre hay guerra en algún sitio, los políticos no adelantan un paso en sus negociaciones... ¡Debería preocuparse mejor de lo que pasa a su alrededor!

—¿Y de qué debería preocuparse, según tu opinión? —preguntó sonriendo la madre.

—De que yo, por ejemplo, estoy furioso con él —explicó Anton—; ¡y de que se interese más por el telediario que por nosotros!

—Pero él no es siempre así —dijo la madre tranquilizándolo—; durante el fin de semana quiere incluso revestir de madera la cocina.

—¿Qué? —gritó Anton asustado—. ¡Creía que eso lo quería hacer en las vacaciones!

—En realidad, sí —respondió la madre—, pero ahora, sin embargo, quiere empezar este fin de semana.

—Yo..., entonces, le ayudaré —dijo rápidamente Anton. Quizá conseguiría mantener al padre alejado del sótano.

—Eso es muy amable por tu parte —dijo la madre—; y ahora, duerme bien, ¿de acuerdo?

—Buenas noches —susurró Anton.

Hoy es martes, pensó en la cama. Por tanto, aún tenía tres días de tiempo hasta el sábado. ¡Hablaría al día siguiente con Rüdiger de todas formas! Quizá a los dos juntos se les ocurriera algo.

## Gruñón matutino

El día siguiente fue turbio y lluvioso. Alrededor de las seis empezó ya a oscurecer. El padre de Anton nunca llegaba a casa antes de las siete, y su madre estaba sentada en su habitación y corregía redacciones, en lo cual, como ella había dejado claro, «no quería ser molestada de ningún modo».

¡La ocasión de ir inadvertido al sótano a ver a Rüdiger era, por tanto, propicia! En silencio, Anton recorrió el pasillo, tomó la llave del sótano y abrió la puerta de casa sin hacer ruido.

Después bajó en el ascensor. No se tropezó con nadie y también el corredor del sótano estaba desierto. Un olor a moho que él nunca había advertido allí le vino a la nariz; ¿acaso procedía de Rüdiger? Ante la puerta del sótano que tenía el letrero de «Bohnsack» se quedó parado escuchando con atención.

—¿Rüdiger? —susurró golpeando la madera—. Soy yo, Anton.

Ninguna respuesta. ¿Acaso Rüdiger habría salido ya volando? ¡Pero para eso había aún, realmente, demasiada claridad! Pues, mientras el sol no se ha puesto, los vampiros no pueden abandonar sus ataúdes.

—¿Rüdiger? —preguntó, esta vez más fuerte.

Nuevamente todo permaneció en silencio. ¿Quizá Rüdiger no había regresado en absoluto al sótano y había pasado la noche en algún otro sitio? Pero no, ¡él tenía que dormir en su ataúd!

Anton llamó a la puerta otra vez. Al no obtener de nuevo respuesta alguna, abrió la puerta y entró. En la penumbra, vio que la ventana tenía el cerrojo echado. ¡Por lo tanto, Rüdiger tenía que estar en el ataúd! Con precaución, rodeó los listones y observó el ataúd detrás de ellos. La tapa estaba cerrada y sólo el olor a moho indicaba que estaba ocupado. En el interior del ataúd resonó ahora un quejido apagado, un ruido, un crujido, y poco después se levantó lentamente la tapa.

El rostro color ceniza de Rüdiger emergió. Los ojos estaban aún cerrados; sólo la boca estaba abierta para un enérgico bostezo, con lo cual Anton pudo ver los poderosos colmillos.

—¿Rüdiger? —susurró.

El pequeño vampiro se levantó precipitadamente.

—¿Quién hay ahí? —graznó.

—Eh..., yo —tartamudeó Anton.

—Ah, tú —dijo aliviado el vampiro incorporándose—. ¿Ha pasado algo?

—Sí..., quiero decir, no —respondió Anton—, es decir, mi padre necesita las tablas.

—¿Qué tablas? —gimió el vampiro.

—¡Cuáles van a ser!, ¡éstas de aquí! —señaló Anton los listones de madera—. Y además, tiene todas las herramientas en el sótano.

El vampiro se sentó al borde del ataúd y sollozó.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—¿Es que no comprendes? —la voz de Anton hizo un falsete—. ¡Si viene al sótano te va a encontrar!

—Ah, ya —adormilado, el vampiro se frotó los ojos—. ¡Y todo esto con el estómago vacío! —



dijo quejumbroso.

—¡Tenemos que pensar algo! —exclamó Anton.

—Entonces ponemos otra vez los listones detrás —propuso el vampiro.

—¿Y el ataúd? —preguntó Anton—. ¿Qué hacemos con él?

—¡Si no estuviera tan cansado...! —dijo el pequeño vampiro casi llorando—. No puedo pensar en absoluto.

—¡Hoy es miércoles! —exclamó Anton—. ¡El sábado va a recoger las tablas!

El vampiro volvió la cabeza hacia la pared y sollozó.

—Ya lo he comprendido —dijo—, pero con el estómago vacío no sirvo para nada... Y además, tú has alterado mi plan diario —exclamó de pronto indignado—. ¡Yo leo siempre en el ataúd antes de levantarme!

Con gesto ofendido, se recostó en el ataúd, echó mano debajo de la almohada y sacó una vela, cerillas y un libro. Sin dignarse a dirigir una mirada a Anton, encendió la vela, la aseguró en el borde del ataúd y abrió el libro.

Anton se quedó de pie desconcertado y miró fijamente al vampiro, que, totalmente imperturbable, leía *La venganza de Drácula*.

¿Significaba eso que quería endosarle todo el trabajo? ¡Pues no sería más que juego sucio...; instalarse en la habitación preparada y confiar en que él, Anton, quitara del camino todas las dificultades!

—¡Eso no tiene nada que ver con la amistad! —exclamó Anton muy enojado.

—¡Psst! —bufó el vampiro—. ¡Cuando me interrumpen durante la lectura puedo ser terrible!

Enfadado, Anton se mordió los labios.

¿Y ahora? Pasó la vista por el cuarto y reflexionó. ¿Debía colocar de nuevo los listones en su sitio original? Pero, entonces, ¿con qué iba a ocultar el ataúd? ¡Y por qué tenía que estar el cuarto tan endiabladamente ordenado! ¡Otras personas tenían un montón de trastos en el sótano tras el cual hubiera podido esconderse sin dificultad el ataúd de Rüdiger!

¿Y si cubría el ataúd con una sábana grande? Pero entonces su padre querría saber lo que había debajo. No, eso tampoco podía ser. ¡Sólo quedaba la posibilidad de impedir totalmente que el padre fuera al sótano!

—Ahora me voy —dijo.

—¡Y no vuelvas a venir tan pronto! —exclamó el vampiro—. ¡Por las mañanas estoy insoportable!

—En eso tienes razón —gruñó Anton mientras salía.

# Burdas excusas

El sábado era el día en que a Anton le gustaba dormir hasta tarde. Cuando se levantaba sobre las diez o las diez y media, sus padres habían desayunado ya la mayoría de las veces y se habían marchado de compras. Entonces sólo el plato de Anton estaba aún sobre la mesa de la cocina con panecillos y un huevo cocido bajo el calentador.

Sin embargo, ese sábado Anton se levantó muy pronto. Encendió la luz y echó un vistazo a la habitación. ¿Acaso no estaba aún en el sótano con su padre? ¿Y no acababa el padre de querer abrir la tapa del ataúd...? ¡Claro que no! ¡Debía haberlo soñado todo, pues él estaba en la cama todavía y tenía puesto el pijama!

Miró el despertador: ¡las siete y cuarto! ¡Incluso sus padres dormían aún! Suspirando, Anton se tapó con la manta hasta la barbilla. ¡Seguro que no se iba a volver a dormir; estaba demasiado nervioso! ¿Tendría éxito su plan? ¿Y si no?

Tomó su nuevo libro, *Carcajadas desde la cripta*, e intentó leer. Pero aquello que se contaba allí sobre el terror de la cripta le parecía absolutamente ridículo comparado con lo que le esperaba a él esa mañana, y así, dejó el libro a un lado.

¿Debería, quizá, desayunar? Se levantó y se fue al baño. Observó su cara en el espejo. Tenía un aspecto bastante pálido... ¡más o menos como el de sus padres algunos domingos, cuando habían estado demasiado tiempo de fiesta! Tomó la pastilla de jabón y se frotó la piel hasta que se puso colorada. Después se vistió y fue a la cocina. Llenó la cafetera, puso el cazo de la leche sobre el quemador y enchufó el aparato para cocer los huevos. Una vez que hubo puesto la vajilla del desayuno, pensó si aún faltaba algo. ¡Ah, sí, los panecillos! Esperó a que estuvieran listos los huevos, entonces corrió a la panadería y compró seis panecillos. ¡Bueno, si esto no causaba impresión a sus padres...! Fue hacia la puerta de la alcoba y llamó.

—¿Sí? —preguntó la madre adormilada.

—¡El desayuno! —exclamó Anton. Transcurrieron un par de minutos. Entonces apareció su madre en el umbral.

—¿De verdad has hecho tú el desayuno? —preguntó.

—¡Claro! —dijo Anton como si no fuera nada de particular—. ¡Y ahora ven! ¡Los huevos se van a quedar fríos!

—Sí..., enseguida —dijo la madre—, tengo que despertar a papá. Debe ya levantarse; ¡en definitiva, hoy va a arreglar la cocina!

Un escalofrío recorrió a Anton. ¡Como si se hubiera olvidado de ello...!

—¿Qué? ¿Ya está todo listo? —exclamó el padre con asombro mal simulado cuando entró en la cocina. Se sentó, tomó el huevo de la huevera y lo agitó.

—Duro como una piedra, ¿no?

Anton puso un rostro ofendido.

—¿Crees que no sé usar el cocedor de huevos?

—¿Y el café? —se dirigió el padre a la madre—. ¿Qué tal está?

—Bien —dijo la madre.

Anton rezongó:

—Cocido automáticamente.

—¡Incluso panecillos! —el padre cogió uno y le dio un mordisco—. ¡Ya no conozco a mi hijo!

¿Y todo esto por qué? —preguntó después de un rato mirándolo examinante—. ¿Has hecho alguna travesura?

—¿Yo? —exclamó Anton desarmado—. No.

—¿Has escrito malos ejercicios?

—No.

Mientras untaba con mantequilla el panecillo, el padre no dejó de mirar a Anton a los ojos.

—Algo, no obstante, tiene que haber —dijo.

Anton titubeó.

—Yo..., he perdido la llave del sótano —dijo entonces.

—¿Qué has hecho...? —exclamó el padre—. ¿Has perdido la llave del sótano? ¿Y cómo voy a coger ahora los listones y las herramientas?

—No..., no lo sé —susurró Anton intentando parecer lo más afligido posible.

—¿Y cómo la has perdido?

—Montando en bicicleta.

—¿Y cuándo?

—Ayer.

—¿La has buscado al menos?

—No —dijo Anton—, ya había oscurecido.

—¡Entonces ponte a buscarla ahora mismo! —exclamó indignado el padre—. ¿Cómo se puede ser tan vago?

—Ya estoy en camino —respondió Anton.

—Déjale, al menos, desayunar tranquilo —dijo la madre—; ¡tampoco es tan importante la llave del sótano!

—De todas formas, ya no tengo hambre —susurró Anton.

Se quedó parado en la puerta.

—¿Va..., vas a empezar de todos modos? —preguntó con precaución.

—¿Y cómo, sin herramientas? —refunfuñó el padre—. ¡No, te espero!

En el ascensor, Anton se puso a cantar tan fuerte como podía. Una sensación de triunfo lo llenaba: ¡su plan había tenido éxito!

¡Nadie había descubierto que la llave del sótano estaba guardada en el bolsillo de su pantalón! Y si volvía por la tarde con la llave ya no le merecería la pena a su padre ir al sótano. Además, sus padres querían ir esta noche al cine. Y mañana, domingo, venían sus abuelos de visita; ¡y entonces tampoco podía su padre ir al sótano!

Mientras seguía cantando, Anton emprendió el camino hacia la casa de su amigo Ole, donde jugaría al *monopoly* hasta el mediodía... ¡naturalmente con el juego de Ole!

# Visita tardía

Eran las ocho y media. Anton estaba en su cama escuchando música. Poco antes se habían marchado sus padres, como siempre con prisa. A la habitual pregunta de Anton «¿Cuándo vais a volver?» había respondido el padre:

—Alrededor de medianoche.

¡A Anton le venía muy bien! Probablemente, sus padres pensaban que no se quedaba solo a gusto...; lo cual, generalmente, era cierto, aunque, naturalmente, no lo era cuando ponían una buena película en la televisión. Por ejemplo, una policíaca tan buena como la de esta noche; se volvió hacia un lado y cogió el periódico con la programación, que estaba delante de su cama; ¡y además, con sus actores favoritos!

Dieron golpes en la ventana. Sorprendido, Anton levantó la cabeza. Las cortinas aún no estaban echadas y pudo distinguir una figura que estaba ante los cristales. ¿Sería Rüdiger? ¿O su hermana pequeña, Anna? Notó cómo su corazón latía más deprisa.

Llamaron de nuevo y entonces oyó la voz de Rüdiger:

—¡Date prisa!

Corrió hacia la ventana y la abrió.

De un salto, el pequeño vampiro entró en la habitación.

—¡Buff! —jadeó—. ¡Casi me pesca!

—¿Quién? —preguntó Anton.

—Tía Dorothee. Espía por todas partes.

—¿Qué...? —gritó Anton—. ¿Tía Dorothee? ¿Sabe ella acaso que yo vivo aquí?

—Claro —dijo el vampiro, y reprimiendo la risa añadió—: ¡Pero de que yo vivo aquí no tiene la menor idea!

Anton se había puesto blanco como la leche.

—¿Cómo sabe dónde vivo?

—¿Cómo? —dijo el vampiro riéndose—. Es que siempre me seguía volando antes de la prohibición de cripta.

Asustado, Anton lo miró fijamente. ¿No había dicho el pequeño vampiro una vez que Tía Dorothee era la peor de todos...? Si viniera de noche a su ventana y llamara, y si él, entonces, abriera sin tener idea...

—¿Y qué... qué quiere ella? —tartamudeó.

—¡Sin duda alguna, saber dónde está mi ataúd!

El vampiro acechaba hacia fuera en la oscuridad; se frotó sus dedos huesudos riéndose.

—¡Esta vez yo soy más listo que ella!

—Y... ¿va a volver? —preguntó con miedo.

—Hoy seguro que no —dijo el vampiro.

—¿Y ma... mañana?

El vampiro se encogió de hombros.

—Lo principal es que no encuentre mi ataúd.

Indignado, Anton se mordió los labios.

—¡Tú eres la persona más egoísta que me he encontrado nunca! —exclamó entonces.

—¿Has dicho persona? —repuso el vampiro de forma irónica.

—¡Pues entonces, el vampiro! —exclamó Anton—. ¡En cualquier caso, no tienes corazón y la amistad no cuenta para ti!

Pero en lugar de sentirse ofendido, el vampiro parecía extraordinariamente halagado.

—¡Ah..., eso tenían que haberlo oído los demás vampiros! —suspiró—. ¡Ellos afirman siempre que yo soy demasiado bueno!

Irritado, Anton se dio la vuelta. A excepción de sus propios problemas, no parecía interesarle nada al vampiro, ¡e incluso la posibilidad de que su sanguinaria tía pudiera caer sobre él le traía sin cuidado!

—¡De cualquier modo... no eres un verdadero amigo! —dijo.

—¿No? —exclamó el vampiro—. ¿Hubiera venido entonces a recogerte para la reunión de los vampiros?

—¿Para... qué? —preguntó Anton.

—Para la reunión de los vampiros —dijo el vampiro quitándose la capa. Debajo llevaba otra más gastada.

—¿O acaso están tus padres en casa?

—No —dijo Anton—. Pero, ¿qué es una reunión de vampiros?

—Ah —dijo el vampiro haciendo un amplio movimiento—, eso tienes que vivirlo tú mismo —y añadió diligente—: ¡Ven, ahora te vamos a convertir en vampiro!

Anton estuvo a punto de gritar. ¿Es que no sabía por sus libros de qué manera se convertían los seres humanos en vampiros? Instintivamente se protegió el cuello con las manos.

Pero el vampiro sólo se rió.

—¡Pero no así como tú piensas! ¡Lo que tienes que hacer es pintarte!

—¿Pintarme? —preguntó Anton sin comprender.

—¡Claro que sí! ¿Tenéis crema para niños? ¿Un lápiz de labios?

—Sss... sí —dijo Anton—, en el baño...

—¡Entonces, vamos!

## El segundo rostro de Anton

En el cuarto de baño, el pequeño vampiro arremangó a Anton la capa. Después dio un par de pasos atrás y lo observó examinante.

—Venga..., a ver tus pantalones vaqueros —declaró haciendo un gesto de crítica—, ¡ningún vampiro lleva pantalones vaqueros!

—¿Entonces, qué? —preguntó Anton.

El vampiro se levantó la capa de modo que Anton pudiera ver sus leotardos de lana negros.

—Algo así —dijo—, hecho a mano.

—Pero yo no tengo leotardos —murmuró Anton.

—¿No? —dijo el vampiro—. ¿Y qué llevas en invierno?

—Calzoncillos largos —dijo Anton— blancos.

—¡Íííh! —chilló el vampiro—. ¿Sabes una cosa? ¡Yo te doy los míos!

—¿Los tuyos? —dijo Anton espantado. ¡Tener que llevar leotardos de vampiro; eso era ya lo último! Pero el vampiro empezaba ya a quitárselos.

—Así y todo, tengo otros dos debajo —dijo.

—¿Qué...? —exclamó Anton incrédulo—. ¿Otros dos?

—Pues sí —dijo el vampiro entregándole los leotardos—; es por los agujeros...

Anton se quitó los pantalones vaqueros y los colocó encima del taburete.

—Espe... espero que me estén bien —susurró mientras metía los pies en los leotardos.

—Seguro —dijo el vampiro—; son de Lumpi.

¡Además eso! ¡Ya no sólo es que tuviera que ponerse esa horrible cosa, sino que ahora tenía que contar con el enfado de Lumpi! Aparte de eso, la lana arañaba deplorablemente.

—Qui... quizá debería quedarme mejor en casa —propuso temeroso; pero el vampiro no quería saber nada de eso.

—¿Quieres dejar pasar esta oportunidad única? —exclamó.

—Nnnn... no —dijo Anton—; sólo que..., ¿van muchos vampiros?

—¡Todos! ¡Por eso te tenemos también que vestir mortalmente bien!

—¿Mo... mortalmente? —tartamudeó Anton—. ¿Qué... qué quieres decir con eso?



—¡De tal forma que nadie te reconozca, ni tenga sospechas! ¡Vamos a empezar por el pelo! —



tomó el cepillo y lo pasó tan salvajemente por la cabeza de Anton que éste pegó un grito.

—¡Ay! ¡Además, estás ensuciando toda la capa!

—¿Cómo es eso? —dijo el vampiro—. ¿Tienes piojos? ¡Bien, es estupendo; entonces la capa parecerá muy usada!... ¡Así; y ahora la cara! ¿Dónde está la crema para niños?

—En el armario —respondió Anton llevando la mano a sus cabellos que le salían de la cabeza como si fueran un plumero.

El vampiro había encontrado, entretanto, la crema para niños y le puso a Anton en la cara una espesa capa.

—¡Y ahora, a frotar!

—¡Primero hay que saber! —refunfuñó Anton esforzándose en repartir por igual la firme y blanca pasta.

—Ya es suficiente —declaró el vampiro—; ¡y ahora a empolvase! —al decir esto, levantó la polvera y embadurnó con fuerza la cara de Anton. Mientras Anton jadeaba, él se frotaba las manos gritando entusiasmado—: ¡Extraordinariamente chic, Anton! ¡...Y ahora, los labios! ¿Dónde está el lápiz de labios?

—En el cajón de abajo —gimió Anton con voz ahogada.

El vampiro sacó el lápiz de labios de la funda y lo observó con rostro arrobado.

—Hummm —dijo—; ¡rojo sangre! —lo sostuvo bajo la nariz y lo olisqueó. Pero enseguida su rostro adoptó una expresión de rechazo y, lleno de desdén, exclamó—: ¡Bah! ¡Dulce como un caramelo!... Bueno —dijo después—, es que tampoco es para comer.

Con rápidos trazos, empezó a pintar los labios de Anton.

—¿Con gotas de sangre o sin ellas? —preguntó.

—Tú, ¿qué me recomiendas?

—Con ellas —respondió el vampiro, y dio un par de toques a la comisura de los labios de Anton—; así parece más auténtico. Por lo menos, para niños vampiros. ¿O acaso crees que nuestros padres van volando detrás de nosotros para limpiarnos la boca? —se rió para sus adentros—. Ahora sólo faltan las ojeras —afirmó.

—¿Ojeras también? —exclamó Anton. ¡Ya tenía suficiente calor debajo de la crema!

—Claro —dijo el vampiro—; para que parezcas realmente muerto. Pero..., ¿con qué podemos hacerlas?

—Con el lápiz de ojos —repuso Anton—. ¡Allí, en el segundo estante!

El vampiro sacó el lápiz y cercó los ojos de Anton con trazos negros.

—¡Irreconocible! —exclamó.

—¿Y..., si se cae? —preguntó Anton.

—¡Qué va! —dijo el vampiro—, ¡mientras no te acerques a nadie...!

—E... eso seguro que no —dijo Anton, que no había podido evitar pensar en Tía Dorothee y todos los demás horribles parientes del pequeño vampiro.

—¡Está bien! —satisfecho, el vampiro se apartó de él, dando un paso atrás—. ¡Puedes mirarte!

Con las rodillas flojas, Anton se levantó del borde de la bañera en donde había estado sentado todo el tiempo y se miró al espejo. La imagen que ofrecía superaba incluso sus peores previsiones:

una horrible careta blanca como la cal lo miraba fijamente frente a él; la boca, roja de sangre, se había convertido en una mueca diabólica y dos ojos que salían de oscuras cavernas lo miraban acechantes.

—¿Eso..., eso soy yo? —tartamudeó.

—¿Contento? —se rió sarcásticamente el vampiro—. ¡Así nadie te reconocerá! ¡Ni siquiera Anna! —añadió reprimiendo la risa.

—¿Anna también estará? —exclamó Anton.

—¡Claro! ¡Ya te está esperando!

Anton tosió sonrojado.

—Yo..., por lo demás, he tenido enormes dificultades —dijo rápidamente para distraer la atención del vampiro—; ¡mi padre quería por todos los medios ir al sótano!

—¡Ah!, ¿sí? —dijo el vampiro con bastante indiferencia.

—¡El sábado que viene seguro que no voy a poder impedírselo! ¿No podrías para entonces volver a la cripta...?

—Ya veremos —dijo el vampiro—; quizá haya novedades.

—Ojalá —gimió Anton.

—¡Y ahora vamos a volar! —declaró el vampiro yendo hacia la ventana.

—No me atrevo —dijo Anton.

—¿No? —se rió el vampiro dándole un codazo amistoso en el costado—. Entonces te pasa lo que a mí. ¿Sabes cómo lo supero? ¡Cierro los ojos y echo a volar!

—¿Tú también tienes miedo? —exclamó Anton sorprendido.

—Ahora ya no —respondió el vampiro elevándose desde el alféizar en la noche.

—Yo..., yo tampoco —dijo Anton; cerró los ojos y... voló.

# Vuelo en el Valle de la Amargura

Un suave viento infló la capa de Anton y surcó sus salvajemente repeinados cabellos. Extendió sus brazos y... flotó en el aire.

—¡Ven! —siseó Rüdiger tirándole de la capa—. La fiesta ha empezado hace mucho tiempo.

Ascendió con poderosos movimientos y Anton tenía dificultades para seguirlo.

—¡Espera! —exclamó—. No puedo ir tan de prisa.

Echó una miedosa mirada abajo: las casas parecían de juguete y su propia habitación, en la que había dejado encendida la lámpara del escritorio, no era más que un diminuto cuadrado claro.

El vampiro aminoró la velocidad de su vuelo.

—¿No te marearás...? —dijo riéndose irónicamente.

—No —susurró Anton rápidamente al ver a la luz de la luna la expresión de burla.

Rüdiger puso un gesto de satisfacción.

—¡Además, hubiera sido malo —opinó—, porque aún tenemos que volar cincuenta kilómetros!

—¿Tanto? —exclamó Anton.

—¿Crees tú que cien vampiros pueden celebrar una reunión en medio de la ciudad?

—¿Cien? —preguntó Anton espantado—. ¿Y dónde se reúnen?

—En las ruinas del Valle de la Amargura.

—¿En el Valle de la Amargura? —exclamó Anton—. ¿No dicen que por allí andan hombres-lobo?

El vampiro reprimió la risa.

—¿Tú crees esos cuentos?

—Pues claro —dijo Anton—; también crecen vampiros.

—¿Qué...? —bufó Rüdiger—. ¿Te atreves a poner a vampiros y hombres-lobo al mismo nivel?

—No, no —dijo rápidamente Anton—; sólo que..., la mayoría de la gente no cree ni en vampiros ni en hombres-lobo.

—Es que son idiotas —dijo con desdén el vampiro—. Naturalmente, no ha habido nunca hombres-lobo. Son una invención de los vampiros.

—¿De los vampiros?

—¡Naturalmente! ¡Era el modo más sencillo de quitarse de encima fisgones curiosos!

Anton puso una cara tan sorprendida que el vampiro se tuvo que reír.

—Se le ocurrió la idea a nuestra tata-ra-tatara-tatara-vampiro, Elizabeth la Golosa. Estaba harta de que las personas estuvieran siempre merodeando en las reuniones de los vampiros.

—¿Es que la gente no tenía miedo de los vampiros? —preguntó Anton.

—Sí. Pero se sabía que los vampiros en sus fiestas ni comen ni beben. Eso —añadió el vampiro riéndose sarcásticamente—, eso ya lo han hecho antes.

—¡Qué extraño! —susurró Anton—. En nuestras fiestas la comida y la bebida son siempre lo más importante.

El vampiro denegó con un gesto.

—Vosotros los seres humanos no tenéis ni idea de la vida social.

Anton se rascó la barbilla reflexionando.

—Entonces, los vampiros que se reúnen esta noche en las ruinas ya han comido también...

—Claro —dijo el vampiro.

—Vaya —a Anton se le escapó un suspiro de alivio—. Eso no lo sabía yo.

¡De repente se alegraba incluso de ir a la fiesta!

—¿Y qué pasó con lo de los hombres-lobo? —preguntó.

—Muy sencillo —dijo el vampiro—. Por aquel entonces aún había lobos por todas partes.

Elizabeth la Golosa sólo tuvo que extender el rumor de que los lobos que merodeaban por las ruinas eran en realidad seres humanos especialmente malos que se convertían después de ponerse el sol en bestias feroces. ¡Ya nadie se atrevió a pasar por las ruinas y los vampiros pudieron celebrar en paz sus fiestas!

—¿Y sigue habiendo hoy lobos allí? —preguntó Anton temeroso.

—No —se rió el vampiro—. Pero el Valle de la Amargura ha mantenido hasta hoy su mala fama. Además, los vampiros no dejaron de ser culpables de que la cifra de lobos decreciera con el paso de las décadas.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, pues..., en los malos tiempos, tiempos de hambre en cierta medida...

Anton notó cómo se ponía pálido. ¿Es que el vampiro tenía que recordarle constantemente sus atroces costumbres culinarias?

—¡Atención! —exclamó excitado el vampiro—. ¡El Valle de la Amargura!

Con la pálida luz de la luna vieron desde arriba una muralla oscura, sombría y ruinoso, sobre un calvero. Era una extensa construcción de cuyas alas sólo quedaban aún en pie los muros exteriores. El edificio principal, por el contrario, parecía conservarse bastante bien, al menos en lo que Anton podía distinguir.

—Está tan oscuro... —susurró.

—Los vampiros no necesitan luz —respondió Rüdiger—. Pero en el salón de la fiesta hay luces encendidas.

Perseverante, voló hacia la torre del castillo y aterrizó en las almenas.

—¿Aquí? —preguntó Anton sorprendido. Había aterrizado junto al vampiro y miraba temeroso una escalera medio derruida que conducía al interior de la torre.

—Siempre llegamos de arriba —le informó el vampiro—. En cualquier caso..., casi siempre.

Saltó sobre la plataforma y pisó el último escalón.



—¡Espera! —exclamó Anton, bajando tras él con las rodillas temblorosas.

# Recibimiento desconfiado

Aún caía luz de luna sobre los quebradizos peldaños y ésta mostraba a Anton dónde podía poner los pies. Pero después de la primera curva se hizo completamente oscuro. Tanteando con las puntas de los pies, buscaba el camino y más de una vez tuvo que aferrarse al frío muro de la torre para no caerse. Pareció pasar una eternidad hasta que, finalmente, apareció sobre un descansillo un débil resplandor.

Allí estaba el vampiro. Anton miró angustiado a su alrededor. Todo causaba una impresión horrenda y lúgubre: la ya medio derruida escalera que conducía aún hacia la profundidad; los muros de la torre, brillantes por la humedad, con sus grietas y boquetes en los que, con seguridad, se alojaban cientos de murciélagos, y el oscuro corredor que conducía al interior de las ruinas.

—¡Venga! —dijo el vampiro tomándolo suavemente del brazo—. ¡Vamos!

—¿Adonde? —preguntó tardo Anton.

—Al salón de la fiesta —dijo el vampiro—. ¿No oyes la música? ¡Sabine la Horrible toca el órgano!

Comenzó a andar por el corredor y arrastró consigo a Anton. Ahora percibía también Anton los lejanos sonidos del órgano, solemnes como en una iglesia.

—¿Y esto lo toca Sabine la Horrible? —se maravilló.

—Pues claro —dijo el vampiro; lleno de entusiasmo añadió—: ¡Nosotros los vampiros amamos la música!

Llegaron a un gran pabellón vacío sobre el que caía la luz de la luna a través de sus cristales rotos. Cascotes y piedras cubrían el suelo.

—En seguida llegamos —dijo susurrando el vampiro.

Su pálido rostro había adquirido una expresión tensa y sus dientes golpeaban uno con otro con un atroz castañeteo. Ante ellos se extendía un pabellón aún mayor. Mortajas negras colgaban de los huecos de las ventanas y en candelabros que había en las paredes se hallaban encendidas velas negras.

—Aquí es —susurró el vampiro; ya de la sombra de la puerta se desprendió una oscura figura dirigiéndose hacia ellos. Era un vampiro flaco con un rostro deformado por las cicatrices. Miró desconfiado con sus relampagueantes ojos y bufó:

—¿Quiénes sois vosotros?

El pequeño vampiro hizo una reverencia.

—Yo soy Rüdiger von Schlotterstein y este de aquí —señaló a Anton— es mi amigo.

—¿Tu amigo? ¿Es también vampiro?

—¡Claro que sí!

—¡Sin embargo, parece tan humano...!

Anton notó cómo le corría un escalofrío por la espalda.

—Es extranjero —aclaró el pequeño vampiro.

—¿Extranjero?

—Sí, de Italia.

—¿Es que hay vampiros allí?

—¡Pues claro! Allí hay una villa como ésta..., Machimo o algo parecido; está llena de vampiros.

—¿Y cómo se llama la estirpe? —investigó el flaco vampiro.

—¿La estirpe? —dijo Rüdiger ganando tiempo—. Se llaman Bohnsackio los Multicéfalos.

—¿Los Multicéfalos? —preguntó el otro.

—Sí. Por lo muchos que son.

—Y tu amigo, ¿cómo se llama?

—Este es Antonio Bohnsackio el Lúgubre.

Anton se rió a hurtadillas. Antonio Bohnsackio..., eso sonaba bien; mucho mejor de todos modos que Anton Bohnsack.

—Bien —dijo el vampiro flaco poniendo un rostro indeciso—. Nunca deja uno de aprender. —Reflexionó y, entonces, se inclinó de repente y olfateó la capa de Anton. Por primera vez se aclaró su rostro—. Humm... —murmuró—, ¡delicioso aroma de ataúd!

Examinó una vez más a Anton de pies a cabeza, pero ahora mucho más amistoso.

—Todo en orden —bramó—. ¡Podéis entrar!

Anton y Rüdiger cambiaron una mirada de alivio. Ya iban a entrar, cuando el vampiro flaco agarró a Anton del hombro.

—¡Un momento!

Anton se volvió temblando.

—¿Sí?

—¿Cómo es el clima en vuestra tierra?

—¿El clima? —preguntó Anton asustado—. Bu..., bueno —tartamudeó entonces.

—Quizá vaya a visitaros —declaró el vampiro dejando caer su mano—. ¡Aquí no me voy a librar nunca de mi reuma!

Diciendo esto, se colocó de nuevo junto a la puerta y miró indiferente por encima de Anton y Rüdiger hacia lo lejos, al interior de la sala.

# El placer del baile

En el umbral, Anton se quedó parado y tomó aire. El olor a moho era tan fuerte que durante un momento creyó que tendría que salir corriendo de allí. Además, olía a cebollas y huevos podridos. El pequeño vampiro sorbía el aire a grandes bocanadas.

—¡Ah! —suspiró—, ¡qué bien huele!

Anton tosió tímidamente.

—¿No se puede ventilar esto un poco? —murmuró.

—¿Qué...? —bufó Rüdiger—. ¿Ventilar? ¡Tú estás dejado de la mano de los vampiros buenos! —y después de haber mirado temeroso a su alrededor, susurró—: ¡Que no te oiga nadie decir eso! ¡Si no, se descubrirá en seguida que no eres ningún vampiro!... Además, luego se va a conceder el gran premio al aroma —añadió.

—¿Premio al aroma? —preguntó Anton sin comprender.

—Sí. ¡Al vampiro que tenga un olor más fuerte!

En ese momento se reanudó la música de órgano y en seguida se levantaron los vampiros de las mesas y fueron por parejas al centro del pabellón.

—Ven —dijo el pequeño vampiro—. ¡Vamos a bailar nosotros también!

—¿Noso..., nosotros? —tartamudeó Anton.

—¡Vamos, ven!

Tomó el brazo de Anton y se lo llevó. Entre tanto, enseñaba su dentadura de fiera e inclinaba amistosamente la cabeza hacia todos los lados.

—Tú eres la chica —susurró—. ¡Me colocas las manos sobre los hombros, inclinas la cabeza hacia atrás y me miras como enamorado!

—¿Yo? —balbuceó Anton indignado—. ¿La chica yo?

—¡Sí, hombre! Eso es lo que pasa más inadvertido. Los niños vampiros parecen, sin excepción, todos iguales.





Anton tragó saliva, pero, a la vista de los muchos vampiros que los miraban ya curiosos, le pareció que lo mejor era seguir las indicaciones de Rüdiger. Por consiguiente, echó hacia atrás la cabeza y miró soñador hacia el techo mientras Rüdiger le hacía girar en círculo hasta que todo le dio vueltas.

—Me siento mal —se lamentó.

Pero Rüdiger lo único que hizo fue sujetarlo aún más fuerte.

—¡Bailas de ensueño! —dijo con voz apagada.

—¿Sí? —dijo confundido Anton. ¡El bailando!

—De veras —dijo el vampiro riéndose para sus adentros—. ¡Tendrías que ver por el contrario a Lumpi!

—Ah, ¿sí? —exclamó entonces una voz ronca—. ¿Qué pasa conmigo?

Un gran vampiro se separó de la multitud y fue hacia ellos con pasos lentos y pesados. ¡Era Lumpi!

Anton palideció. Si descubría ahora que era él...

—No pasa nada contigo —dijo rápidamente Rüdiger.

—¡Pero vosotros habéis hablado de mí! —exclamó Lumpi con voz solapada.

—Yo sólo he dicho que allí estaba Lumpi —aclaró Rüdiger, a quien, con la prisa, no parecía ocurrírsele nada más razonable.

—¿Y por qué? —gruñó Lumpi.

—Porque... —dijo Rüdiger mirando a Anton en busca de ayuda—. Mi amigo de Italia quiere un autógrafo tuyo.

—¿Un autógrafo? —Lumpi miró a Anton examinándolo desde las órbitas de sus ojos—. ¿Y

por qué un autógrafo mío?

Rüdiger levantó exaltado los brazos.

—¿Y aún lo preguntas? —exclamó—. ¡Tu fama se ha extendido ya hasta Italia!

—¿De verdad? —dijo Lumpi lisonjeado; su rostro se puso de repente rojo oscuro.

Rápidamente se dio la vuelta y desapareció entre los que bailaban.

—Ahora ya lo saben —murmuró Rüdiger.

—¿Quiénes? —preguntó Anton.

—Mi familia. Lumpi los informará de que estoy aquí.

—¿Eso es malo?

—Ya veremos. En definitiva, yo tengo prohibición de cripta... Pero prohibición de cripta no es prohibición de baile —dijo entonces altivo, y tomó a Anton del talle empezando a bailar con él de nuevo.

# El primer baile

—¿Anton? —Alguien tiró de su capa y él se dio la vuelta asustado.

—¿Anna?

Ella bajó los ojos avergonzada.

—Lumpi me ha contado que estabais aquí. ¿Bailamos?

—Eh..., yo... —murmuró Anton mirando indeciso de Anna a su hermano—. Ya estoy comprometido.

Anna se rió para sus adentros.

—¿Con este de aquí?

Rüdiger se apartó un paso a un lado.

—¡Por favor, te lo dejo!

Anna hizo una reverencia.

—Gracias —dijo—. Además —dijo entonces a Rüdiger—, si yo estuviera en tu lugar, preferiría marcharme.

—¿Y por qué?

—Si te ve Tía Dorothee...

El pequeño vampiro se encogió de hombros con indiferencia.

—Esto no es la cripta —gruñó dando media vuelta.

—¿A..., adonde vas? —exclamó Anton.

Pero el pequeño vampiro había desaparecido ya de su vista.

—Y ahora va y me deja solo —murmuró.

—Pero me tienes a mí —sonrió Anna. Dicho esto, rodeó con sus brazos el cuello de Anton y se apretó contra él. Anton sintió cómo se le desmayaba el estómago... ¡y eso seguro que no era debido al aire cargado!

Mientras bailaban, él la observaba arrobado: ella tenía los ojos cerrados y tarareaba en voz baja. Su pequeña boca, roja como una cereza, sonreía, y sus mejillas se habían sonrosado como si viviera de verdad. Sólo su capa raída recordaba que era un vampiro. Pero ¿lo era, después de todo, mientras no tuviera aún dientes de vampiro?

Ahora abrió los ojos.

—Es hermoso, ¿no? —susurró.

—Sss..., sí —tartamudeó Anton.

—¿Y qué te parezco yo?

—¿Tú? —dijo tragando saliva—. Dulce.

—¿De veras? —exclamó tiñéndose aún más sus mejillas—. ¡Ay, Anton! —se puso de puntillas y lo besó en la boca.

Anton se quedó como si hubiera echado raíces. Se imaginó que todos los vampiros del salón tenían que estar mirándolos. No podía comprender en absoluto que siguieran bailando como si no hubiera ocurrido nada.

—¿No estarás enfadado conmigo? —preguntó con cautela Anna después de un rato.

—No —murmuró Anton apocado.

Ella suspiró aliviada.

—¿Sabes?, yo siempre soy así de exaltada —declaró—. Rüdiger dice que debería ser más dueño y señor de mis actos. Pero yo no quiero ser, en absoluto, un señor —añadió con picardía—. ¡A lo sumo, una dama!

Mientras ella hablaba, Anton se pasó una vez rápidamente la lengua por la boca. Sintió los labios secos y planos y no había en ellos la más pequeña gota de sangre.

—¿Qué te parece realmente la fiesta? —preguntó Anna.

—¿La fiesta? —dijo Anton mirando inseguro hacia su alrededor—. Me parece algo anticuada.

—¿No es cierto? —asintió Anna—. Yo quería que pusieran una discoteca abajo, en las mazmorras. Pero los vampiros viejos se opusieron —levantó la vista hacia el órgano y contrajo su cara—. Siempre esta música ratonera —protestó.

—Podríamos ir a tomar un poco de aire fresco —propuso Anton, a quien, entre tanto, había empezado a retumbarle la cabeza.

—¡Oh, sí! —exclamó entusiasmada Anna—. ¡Pasearemos a la luz de la luna!

Lo tomó de la mano con ternura y lo llevó hacia la salida.

# Espanto bajo la luz de la luna

Ambos atravesaron el pabellón y fueron a dar a una sombría caja de escalera. La gran puerta de entrada sólo estaba entornada y salieron a un jardín lleno de maleza. La hierba allí estaba crecida hasta la altura de la rodilla y las matas y arbustos habían cubierto hacía mucho tiempo los caminos.

Anna tomó la mano de Anton y recostó la cabeza en su hombro.

—Se..., se me ha dormido la pierna —tartamudeó Anton, a quien se le hacía molesta la excesiva familiaridad de Anna. Se agachó y empezó a darse masajes en la pierna.

—Amo las noches de luna llena —dijo Anna dando vuelo a su fantasía; y alzando la voz dijo —: ¿Ves allí la luna? Sólo puede verse la mitad y, sin embargo, es redonda y hermosa. Así son muchas de las cosas de las que nos burlamos tranquilamente porque nuestros ojos no las ven.



Anton le lanzó una mirada de sospecha.

—¿Es tuyo? —preguntó.

—No —se rió—; pero ¿no es hermoso? Cuando brilla la luna me pongo siempre melancólica —miró a Anton con grandes ojos y, lentamente, una lágrima corrió por sus mejillas.

—¿Y por..., por qué lloras? —preguntó Anton desvalido.

—¡Porque soy tan feliz...! —susurró y salió corriendo.

—¡Anna! —gritó desconcertado Anton.

Nadie contestó. Sólo entre los avellanos se oyó un leve rumor.

—¡Anna! —gritó de nuevo.

Esta vez contestó una voz:

—¡Aquí estoy!

¿Era ésa la voz de Anna? ¿No había sonado demasiado grave? Una horrible sorpresa surgió en Anton. Permaneció sin moverse y contuvo la respiración.

—¿Dónde estás? —gritó la voz; ahora ya no había duda alguna: ¡no podía ser Anna de ninguna manera!

Pero ¿quién sería entonces? Le vinieron a la memoria las historias sobre hombres-lobo que Rüdiger le había contado...

Algo despedía luz entre las matas. Sintió de repente un deseo inexplicable de estar allí y, sin poderlo evitar, dio un par de pasos lentos.

Entonces le agarraron de la capa por detrás.

—¡Anton! —oyó exclamar suplicante.

¡Era Anna!

—¡Rápido! ¡A la casa! Allí arriba, Tía Dorothee...

Anton vio salir una sombra de entre las matas que se aproximaba a ellos a gran velocidad; pero ya habían alcanzado la puerta y la cerraron de golpe tras sí.

Temblando con todo el cuerpo, Anna se apoyó contra la puerta cerrada.

—Casi te atrapa —susurró ella—. Y hubiera sido culpa mía.

—Pensaba que ella estaría en la fiesta —dijo Anton.

—Eso pensaba yo también —dijo Anna en voz baja. Sus labios temblaban y su rostro se había vuelto blanco como la leche—. ¡Anton, no debes quedarte solo nunca más a la luz de la luna!

—Nnn..., no —dijo Anton perplejo—. Yo tampoco lo quería...

—Lo sé —dijo ella avergonzada—. ¿Volvemos a la fiesta?

—¿Y Tía Dorothee? —preguntó Anton.

—Ella no te puede hacer nada allí dentro —aclaró Anna—. Por eso se quería fortalecer antes.

—¿Fortalecer llamas tú a eso? —dijo Anton indignado tocándose el cuello.

Ella se rió.

—¡Ven! Quizá se vaya ya a adjudicar el premio al aroma.

# Quién despide el mejor aroma

Cuando ambos entraron en el salón de la fiesta, la música de órgano había cesado. Los vampiros habían vuelto a sus mesas y miraban cautivados fijamente a un vampiro pequeño y algo inclinado que estaba de pie sobre un pedestal en el centro del salón.

—Elizabeth la Golosa —susurró Anna, que había encontrado aún dos sitios libres cerca de la entrada.

Al contrario que la mayoría de los vampiros, que parecían conceder poca importancia a su aspecto externo, Elizabeth la Golosa estaba muy cuidadosamente arreglada: llevaba una capa de seda negra sin manchas, sus cabellos grises estaban ondulados en elegantes ricitos y en sus flacos dedos había relucientes anillos.

—¡Queridos amigos! —empezó a hablar—. ¡Me alegro de que hayáis venido! ¡Y ahora vamos a empezar nuestro concurso «¿Quién despide el mejor aroma?»! El jurado está constituido en esta ocasión por: Magdalene la Bífida, Günther el Bondadoso y Elke la Infame. Ruego al jurado que ocupen sus sitios.

Los que habían sido nombrados subieron al estrado junto a ella.

—La de las gafas es Magdalene —susurró Anna—. ¡Piensa que tiene las piernas más bonitas entre todos los vampiros!

—¿De veras? —dijo Anton riéndose para sus adentros.

De debajo de la capa de Magdalene, que sólo llegaba hasta las rodillas, salían dos cortas y gruesas piernas que eran todo menos bien formadas.

—¿Por qué se llama él Günther el Bondadoso? —preguntó Anton.

—¿No ves lo delgado que está? —se rió Anna—. Es tan bondadoso que siempre cede la preferencia a otros vampiros.

Elke la Infame sacaba la cabeza a los otros dos. Para un vampiro tenía una pinta sorprendentemente buena, según le pareció a Anton, pero la envidia y los celos habían causado profundas arrugas en su cara.

—¡Y ahora ruego a todos aquellos que quieran tomar parte en el concurso que vengan aquí y se coloquen en fila! —gritó Elizabeth la Golosa.

En seguida se levantaron unos diez vampiros de sus asientos.

—¡Rogaría ahora al primer concursante que se presente a la vampiresca reunida!

Un atlético vampiro de cráneo anguloso y completamente calvo subió al estrado.

—Yo soy Jorg el Colérico —dijo con voz chirriante—. ¡Me he apuntado al concurso porque creo que tengo un olor particularmente aromático!

—¡Déjame oler! —dijo con voz meliflua Magdalene la Bífida olisqueando examinante a su alrededor. Günther el Bondadoso y Elke la Infame siguieron su ejemplo. Después se miraron y asintieron.

—¡El siguiente! —gritó Elizabeth la Golosa.

Un vampiro alto y delgado vino a continuación.

—Yo soy Hannelore la Impaciente —dijo con elevada voz de falsete—. Mi especialidad es el

olor a bosta de caballo.

Después que el jurado del premio la hubo olfateado también, vinieron aún un vampiro engreído, con papada y morritos de cerdo, una muchacha vampiro de mejillas hundidas, un vampiro con anteojeras y un vampiro en activo desde tiempos antiquísimos que ya sólo podía hablar siseando, puesto que le faltaban todos los dientes, excepto los colmillos.

Entonces subió al estrado un alto vampiro ancho de hombros.

—¡Mi nombre es Lumpi el Fuerte —exclamó hacia la sala entera— y soy famoso por mi olor a moho!

Anna se tapó la boca con las manos.

—Pero si Lumpi no despide ningún aroma... —murmuró—, sólo huele...



Con gesto triunfal Lumpi se vanagloriaba sobre el estrado y se dejaba oler.

—Completamente petulante —siseó Anna.

Tras Lumpi se presentaron al jurado y al público otros dos concursantes. Con ello había terminado la primera parte del concurso.

Sabine la Horrible se sentó nuevamente al órgano y tocó mientras los miembros del jurado se reunían con Elizabeth la Golosa para determinar el vencedor.

—¿Crees que va a ganar Lumpi? —preguntó susurrando Anton.

Anna negó con la cabeza.

—¡Nunca! He estado antes sentada junto a Hannelore la Impaciente. ¡En comparación con ella, Lumpi no es absolutamente nada! ¡Y quién sabe qué aroma tienen los demás!

En ese momento Elizabeth la Golosa levantó los brazos e instantáneamente se calló la música.

—¡Queridos amigos! —gritó con voz trémula—. El vencedor de nuestro concurso de hoy, el vampiro que mejor aroma despide, es... —aquí hizo una pequeña pausa y miró una vez más a los candidatos por orden—, ¡Jorg el Colérico!



Se produjo un clamoroso aplauso. Jorg el Colérico llegó tropezando a la escena e hizo una reverencia.

—¡Y como premio, una manta guateada para el ataúd! —exclamó entregándole un paño negro.

—Ahora Lumpi estará molesto —susurró Anna.

—¡Pero si ha sido justo! —dijo Anton.

—Lumpi se cree tratado siempre injustamente —aclaró Anna—, y entonces es mejor no ponerse en su camino. ¡Ven, mejor vámonos!

—¿Y Rüdiger? —preguntó Anton.

—Ya sabrá encontrar solo el camino devuelta.

# Vuelo de regreso

—¿Y si ahora me atrapa Tía Dorothee? —preguntó Anton cuando salieron a la plataforma de la torre del castillo.

—¡Ah! —dijo Anna haciendo un ademán negativo—; ésa estará aún al acecho en el jardín.

Ella se elevó en el aire y también Anton desplegó los brazos y voló.

—¡Aire fresco! —gimió él, inspirando profundamente.

—¿Y mi «muftí elegante»? —preguntó Anna dolida—. ¿No hueles mi perfume?

—Sí, sí —dijo Anton rápidamente. Un auténtico mal olor era inequívoco, pero aquí, en cielo abierto, apenas si se notaba.

—¡Hoy me he perfumado mucho a propósito! —declaró—. ¡Y sólo para ti!

—Muy amable por tu parte —murmuró Anton.

—¿De verdad quieres ir ya a casa? —preguntó Anna mirando a Anton con ojos brillantes.

—¿Por qué no? —preguntó sorprendido.

—Bueno —dijo ella sonriendo—, es que aún podríamos hacer algo. Por ejemplo, yo siempre he querido ir a una discoteca.

—¡Una discoteca! —dijo Anton con desdén—. Pero si eso es aburrido.

—¿Tú crees? —preguntó Anna.

—¡Claro! —dijo Anton—. ¡Todo es sólo para hacer el agosto!

—Entonces podemos ir a nadar —propuso Anna—. ¡Nadar a la luz de la luna; eso es muy romántico!

—Yo..., no tengo aquí bañador —dijo Anton sonrojándose.

—¿Y qué? —se rió ella—. Yo tampoco.

—Estoy acatarrado —dijo Anton estornudando para corroborarlo.

—¡Bah! —gruñó Anna—. No tienes ganas de nada.

—Mi..., mis padres van a volver también en seguida —tartamudeó Anton.

—Está bien —dijo ella furiosa.

Durante un rato siguieron volando en silencio uno junto al otro. Anton se enojó consigo mismo. ¡Siempre tenía que preocuparse por el mal humor!

—¿Quieres que te cuente un chiste? —preguntó finalmente.

—Si tú quieres —dijo indiferente Anna.

—Pues bien: Fritz va a comprar una camisa a su padre por su cumpleaños. «Quisiera una camisa», aclara al vendedor. «¿Una como la que yo llevo?», pregunta éste. «No», contesta Fritz, «¡una más limpia!»

—Ja, ja —dijo Anna sin inmutarse.

Al menos, pensó Anton, ha dicho algo. Febrilmente se puso a pensar qué otro chiste podía contar.

—Un bóxer va paseando por la calle. Encima de él, dos pisos más arriba, hay un perro-pastor en un balcón. «¡Eh!», grita el bóxer, «¡salta abajo y entonces podremos ir juntos!» «¿Acaso estoy loco?», responde el perro-pastor. «¿Crees tú que quiero que se me ponga un hocico como el tuyo?»

Anna tuvo que reírse irónicamente. Pero aún seguía mirando fijamente hacia el frente.

—¿Conoces el chiste del perro-salchicha? —preguntó Anton—. Un hombre está sentado en el cine con un perro-salchicha. El perro se ríe ininterrumpidamente. Entonces se vuelve una señora y dice: «Tiene usted un perro curioso». «Sí», contesta el hombre, «yo también lo encuentro extraño. ¿Sabe usted? El libro del que han sacado la película no le había gustado en absoluto».

Ahora Anna se rió en voz baja tapándose la boca con la mano. ¡El hielo estaba roto! Sólo le faltaba aún a Anton hacerla reír del todo. ¡Y ahora se le ocurría también el chiste apropiado!

—Dos vacas pastan pacíficamente en un prado. De repente, empieza una a temblar terriblemente. «¿Qué te pasa?», pregunta la otra preocupada. «¡Oh, no!», se queja la primera. «¡Allí viene otra vez el ordeñador de las manos frías!»

Esto era demasiado para Anna. Miró a Anton y se echó a reír. También Anton tuvo que reírse y, así, siguieron volando riéndose para sus adentros y resoplando.

—¡Ese tengo que contárselo a Lumpi! —dijo Anna.

Anton sonrió adulado.

—¿Te sabes más? —preguntó ella.

Anton movió negativamente la cabeza.

—¡Pero yo sí me sé otro! —dijo Anna—. Va una mujer al médico. «Doctor», le cuenta ella su mal, «¡cada vez que tomo café tengo una especie de pinchazo en el ojo derecho!» Y el médico le aconseja: «¡Entonces saque usted la cuchara de la taza!»

Anton jadeó.

—¡Me desternillo! —dijo riéndose.

—¡No tan alto! —dijo Anna—. ¡En seguida llegamos a la ciudad!

Ante ellos emergían las primeras casas. A Anton le vino a la memoria que aún tenía que hablar algo importante con Anna.

—¿Cuánto tiempo aún tendrá Rüdiger prohibición de cripta? —preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—Dos meses, tres meses. Depende de lo que decida el consejo de familia.

—¿Qué...? —exclamó Anton.

¡Eso era horroroso! ¿Cómo iba a mantener a sus padres tanto tiempo alejados del sótano?

—¡Todo me lo deja a mí! —se quejó—. El sólo está tumbado perezosamente en el ataúd, lee historias de vampiros y espera de mí que le saque todas las castañas del fuego.

—¡Típico de Rüdiger! —se rió irónicamente Anna—. ¡Pero tú también tienes culpa; si no te dejaras utilizar por él...!

—¿Qué tengo que hacer yo entonces? —dijo Anton indignado—. ¿Observar cómo mi padre lo encuentra?

—Naturalmente que no —dijo Anna—, pero tienes que dejarle claro que él no puede quedarse eternamente en el sótano de tu casa. La semana que viene hay de nuevo reunión del consejo de familia y quizá...

—¿Sí? —exclamó Anton.

—... quizá le levanten entonces la prohibición de cripta. Yo intervendré, de cualquier modo, a

su favor.

—¿Estás tú entonces en el consejo de familia? —preguntó Anton sorprendido.

Ella puso una cara llena de dignidad.

—Naturalmente —dijo—, ¿o te crees tú que yo dejo representar a otros mis intereses?

Habían alcanzado la casa de Anton. En su habitación seguía aún encendida la lámpara del escritorio. Respiró aliviado; por consiguiente, sus padres no habían regresado aún.

Aterrizó sobre el poyete de la ventana y levantó la hoja que sólo había entornado.

—Buenas noches, Anna —dijo él.

—Buenas noches, Anton —sonrió ella—, ¡y no olvides quitarte el maquillaje!

# Pollo con arroz

La mañana del domingo se despertó Anton con un notable zumbido en la cabeza y cuando quiso levantarse se le nubló la vista. Se sentó de nuevo en su cama y reflexionó: ¿Había comido o bebido ayer algo que no le había sentado bien? Pero en la reunión de los vampiros no había tomado nada, y la comida de casa seguro que estaba en orden.

¿Quizá aún no había dormido lo necesario? Miró el reloj: ¡casi las once! Por consiguiente, había dormido casi once horas. ¿Había, acaso, dormido demasiado? ¿O la noche de ayer había sido demasiado fatigosa? ¿Le habría sentado mal quizá el olor del salón de la fiesta?

Una suave llamada en la puerta le apartó de sus reflexiones.

—Anton, ¿estás despierto? —era la voz de su madre.

—¡No! —gritó echándose la colcha sobre la cabeza.

Oyó cómo se abría la puerta de su habitación; después, dos manos se metieron bajo la colcha y le hicieron cosquillas.

—¡No! —hipó—. ¡Basta!

—¿Estás despierto ahora?

Su madre estaba sentada en el borde de la cama y observaba cómo salía de debajo de la colcha.

—Pero ¡qué aspecto tienes! —exclamó sobresaltada.

—¿Cómo?

—¡Tienes los ojos completamente embadurnados y tu piel está tan marcada...!

—¿Sí...? —gruñó Anton. ¿Es que no se había quitado suficientemente a fondo el maquillaje? Ayer por la noche, ante el espejo, se le cerraban constantemente los ojos y por eso se había pasado el trapo mojado sólo un par de veces por la cara. ¡Mira que ser tan resistente la cosa...!

—¡Lávate rápidamente! —dijo ella—. ¡A las doce vienen el abuelo y la abuela a comer!

—¡Ah, sí! —se acordó—. ¿Y qué es lo que hay? —preguntó de pasada a su padre que estaba sentado a la mesa de la cocina.

—Tu comida favorita: pollo con arroz.

—¿Y de postre?

—Helado de vainilla casero.

—¡Humm...! —dijo Anton relamiéndose. Seguían aún sabiendo a pintura sus labios.

Poco antes de las doce sonó el timbre. Anton, entre tanto, se había lavado y vestido; en cualquier caso, no se había puesto los pantalones de tela negros como quería su madre.

—Tú ya sabes que la abuela... —había dicho ella, pero Anton había permanecido obstinado y se había puesto sus pantalones vaqueros.

La apastosa capa de Rüdiger y los leotardos agujereados los había guardado en una funda de almohada y colocado en lo más hondo del armario.

La abuela de Anton era una mujer pequeña y oronda como una bola. Cuando se reía, se veía una fila de iguales y blancos dientes como perlas. Antiguamente, Anton había admirado mucho a su abuela por sus dientes... ¡hasta un día en que durmió en casa de sus abuelos y vio por la mañana su dientes en un vaso de agua!

El abuelo de Anton no era mucho más alto. La mayoría de las veces llevaba pantalones de tirantes y camisas de cuadros. Hoy, sin embargo, se había puesto su traje bueno.

Desenvolvió un ramo de tulipanes y se lo entregó a la madre. A Anton le dio, como de costumbre, un paquetito plano... ¡Chocolate con leche con nueces enteras!

—¡Pero sólo para después de la comida! —le previno la abuela.

—¡Claro! —dijo Anton.

Los abuelos colgaron sus abrigos y después tomaron sitio en la sala de estar en la mesa puesta.

—¡Anton tiene hoy un color tan sano...! —alabó la abuela.

Anton se rió irónicamente. ¡Naturalmente, como que se había fregado la cara con jabón!

—¡Pero siempre esos pantalones vaqueros! —protestó—. ¿No te puedes poner otros pantalones al menos el domingo?

—¡Ay, abuelita, todos llevan pantalones vaqueros!

—¡El abuelo no! —replicó ella.

—¿Puedo servir? —preguntó el padre.

—¡A mí una pierna, por favor! —dijo la abuela.

—¿Qué quieres? ¿Una pierna? —Anton se rió.

La abuela lo miró de soslayo.

—Así se llama, jovencito.

—Aquí se llama muslo —declaró Anton.

—¡Para mí, por favor, un trozo de pecho! —pidió el abuelo, y Anton tuvo que reírse nuevamente.

Rápidamente se llenó de arroz el plato y se inclinó hacia él como si fuera a comer, mientras se reía por dentro hasta que apenas le quedó aire.

—¡Muy sabroso! —se hizo oír el abuelo—. ¡Como más me gusta comer el pecho es cuando está bien asado por dentro!

Anton se rió en bajo.

—Dicho sea de paso —dijo el abuelo—, ¿habéis revestido ahora de madera la cocina?

El padre de Anton, que en ese momento tenía la boca llena de arroz, denegó con la cabeza.

—Anton ha perdido la llave del sótano.

—¿Qué...? —dijo el abuelo mirando a Anton indignado—. ¿Simplemente así, perdido?

—Ya la he vuelto a encontrar —gruñó Anton.

—¡No hables con la boca llena! —lo corrigió la abuela.

—¿Y bien? —se dirigió el abuelo al padre—. ¿Cuándo vas a hacer la cocina?

—El próximo fin de semana estoy en un congreso, desde el viernes al domingo. Y el fin de semana siguiente tengo que descansar.

—¿Qué...? —exclamó Anton entusiasmado. ¡Eso era maravilloso!

—¿Sabes una cosa? —dijo el abuelo—. ¡Te vas a tomar en la próxima semana un día libre y yo te ayudo! ¿Qué te parece eso?

El padre puso cara de sorpresa.

—No es mala idea —dijo entonces—. Anton, de todas maneras, no es una gran ayuda —

añadió.

—¿Cómo dices? —exclamó Anton desarmado—. Yo iba a recoger del sótano las tablas y las herramientas.

—Eso mejor lo hago yo mismo —dijo el padre—. O con el abuelo. ¿Te viene bien el jueves, abuelo?

—Sí —asintió el abuelo.

—¡Está bien! —todos parecían contentos; únicamente Anton no.

—¡Come, jovencito! —dijo la abuela, que había notado que se había puesto pálido—. ¡Eso da fuerzas!

—Ya, ya —murmuró Anton revolviendo en su arroz. ¡Se le había quitado el apetito por completo!

# Esperando el crepúsculo

—¿No tienes que ir a entrenar? —preguntó el lunes la madre de Anton poco antes de las cinco de la tarde.

—Sí —dijo Anton—. Pero hoy empieza más tarde.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—A las seis.

—¿Y por qué?

—¿Por qué? —no había pensado aún ninguna excusa apropiada—. El entrenador tiene que ir al dentista —dijo.

—¿Precisamente cuando teníais que tener entrenamiento? —su madre sacudió con incredulidad la cabeza—. Entonces vas a volver a casa de noche...

—Bueno, sí —dijo Anton riéndose para sus adentros—, pero tampoco es malo. Además, Ole también va.

—Ah, bueno. Está bien —la madre volvió otra vez a los trabajos de matemáticas que iba a corregir.

Anton se fue a su habitación y estuvo leyendo hasta poco antes de las seis. Entonces cogió del armario su bolsa de deportes, sacó la funda con la ropa de Rüdiger y metió la capa y los leotardos con su equipo de gimnasia.

Naturalmente, no iría hoy al entrenamiento, que, como siempre, era de cinco a seis. Estaría desde las seis hasta las siete menos cuarto en casa de Ole, a quien ya había avisado, y tras ello, tan pronto como oscureciera, visitaría al pequeño vampiro en el sótano.

—¿A qué hora vuelves? —preguntó su madre cuando él se despidió.

—Poco después de las siete.

A su regreso de casa de Ole, Anton se tropezó, para susto suyo, con la señora Puvogel, una vecina del cuarto piso a quien los niños de la colonia llamaban «tía acusica».

Ella llevaba puesto como siempre su asqueroso delantal y en la cabeza el pañuelo transparente de nylon bajo el cual sus cabellos estaban cogidos con rulos.

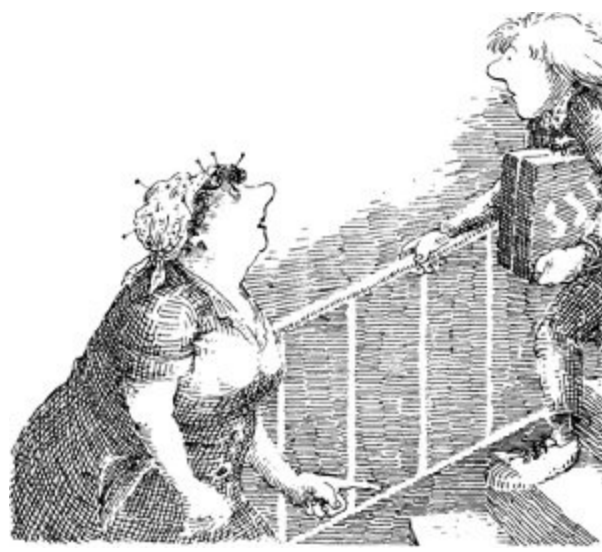
—Vaya, Anton —dijo ella riendo con hipocresía—. ¿Tan tarde aún fuera? ¿No tienes ningún miedo en el sótano?

—Noo... —gruñó queriendo escaparse de ella.

Sin embargo, ella lo mantuvo fuertemente agarrado del brazo y siseó:

—¿Te has dado cuenta ya de lo mal que huele ahora en el sótano? ¡No hay quien lo soporte!





Hizo una pausa y jadeó.

—¡Si esto no mejora, debería ser obligado todo el mundo a abrir su cuarto del sótano para que pudiera establecerse de dónde procede el mal olor!

Anton se asustó.

—¿Es..., está permitido eso? —tartamudeó.

—Claro que sí —dijo ella—. En un caso como éste...

Al decir esto, ella soltó su brazo y siguió subiendo las escaleras.

—¡Vaya una guarrada! —la oyó aún en la escalera poner el grito en el cielo.

Anton se quedó parado en el corredor del sótano hasta que todo quedó en silencio. Después se dirigió silenciosamente a la puerta de su cuarto, llamó y abrió.

# Un vampiro triste

El olor a moho le pareció hoy a Anton mucho más penetrante. ¿O acaso lo había contagiado la señora Puvogel con su charla?

Permaneció de pie junto a la puerta pestañeando.

—¿Rüdiger? —dijo en voz baja—. ¡He traído tu ropa!

—¿Otra vez tan pronto? —salió una respuesta poco amistosa desde la profundidad del cuarto del sótano.

—¿Puedo encender la luz? —preguntó Anton precavido.

—¡No! —chilló el pequeño vampiro—. ¡Por todos los diablos, no hay que encender la luz eléctrica nada más despertarse!

Una cerilla flameó y Anton vio cómo el vampiro encendía la vela del borde del ataúd.

—Aún no me he lavado los dientes —masculló sacando del ataúd un cepillo de dientes rojo con cerdas deformadas.

—¡Pero si no tienes agua! —dijo Anton.

—¿Y qué? —dijo el vampiro mirándolo sarcásticamente—. ¿Acaso necesito agua para cepillarme las encías?

—No —dijo Anton—, sólo pensaba que...

—¿Qué tienes que pensar? —gruñó el vampiro mientras volvía la cabeza con el cepillo de dientes en la boca.

Anton sacó la capa y los leotardos de la bolsa de deportes y los dejó sobre el borde del ataúd.

El vampiro parecía no querer hacer caso ni a él ni a la ropa.

—¿Estás enojado? —acabó preguntando Anton.

—¡Sí! —gruñó el vampiro.

—¿Por lo de ayer?

—Sí.

Anton reflexionó.

—¿Porque estuve bailando con Anna?

—¡No! —A pesar de que otras veces era tan precavido, el vampiro rugió—: ¡Simplemente porque tú te largaste y te estuve buscando por todas las ruinas, y entonces fui a dar a manos de Tía Dorothee!

—¡Oh! —dijo Anton, que podía comprender perfectísimamente el susto de Rüdiger—. ¿Y qué?

—Se lo dijo a Elizabeth la Golosa, la jefa de los vampiros, y ésta me ha dirigido una amonestación.

—¿Una amonestación? ¿Y por qué?

—Porque, según dice, es una desvergüenza ir a la fiesta de los vampiros a pesar de la prohibición de cripta. ¡No sabía yo que además tenía prohibición de fiesta! —añadió irritado.

—Entonces, seguramente, aún no te han levantado la prohibición de cripta —se interesó Anton.

—¡Al contrario! —exclamó el vampiro—. Aún me han añadido un incremento de dos días de prohibición de vuelo.

—¿Prohibición de vuelo? —dijo Anton sin comprender.

—Sí. Debo procurarme mis..., eh..., alimentos a pie.

—¡No oigo más que prohibición, prohibición, prohibición! —exclamó Anton, indignado—. Prohibida la cripta, prohibida la fiesta, prohibido volar... ¡Esto es una dictadura!

El pequeño vampiro encogió con tristeza los hombros.

—¿Qué quieres que haga? —dijo.

—¡Defenderte! —exclamó Anton.

Pero el vampiro sólo sacudió cansado la cabeza.

—Entre vosotros los hombres quizá resultara, pero entre nosotros, vampiros, eso tendría las más terribles consecuencias.

—¿Cuáles? —preguntó Anton curioso.

El vampiro le echó una mirada abismática y susurró:

—Prohibición de empleo.

—¿Prohibición de empleo? —repitió Anton—. ¿Y eso qué es?

—La muerte por hambre —dijo el vampiro con voz de ultratumba.

Anton calló aterrorizado. Los métodos de educación de los vampiros le parecían realmente atroces. ¡Uno no podía hacer otra cosa que alegrarse de no ser un vampiro!

—¿Puedo ayudarte de algún modo? —preguntó compasivo.

Los ojos del vampiro empezaron a iluminarse.

—¿Harías eso por mí? —exclamó relamiéndose excitado.

Anton advirtió cómo la sangre le golpeaba las venas.

—A..., así no —tartamudeó—, pensaba..., de otra forma.

Inmediatamente el rostro del vampiro volvió a ensombrecerse.

—¿Y cómo..., de otra forma? —murmuró—. ¿Quieres ayudarme a cazar ratones?

—Nnn..., no —dijo rápidamente Anton. ¡Realmente tenía una capacidad única para meterse en camisas de once varas!

—Lo mejor será que ponga en seguida pies en polvorosa —dijo apesadumbrado el vampiro—. ¿Quién sabe cuánto tiempo me llevarán mis..., eh..., asuntos?

Apagó la vela de un soplido y se puso en pie.

—¡Mucha suerte! —dijo Anton en voz baja. De pronto el vampiro le dio una tremenda pena. ¡El podía ahora subir y coger simplemente de la nevera el trozo de queso que le apetecía!

—¡Gracias! —bufó el vampiro trepando por la ventana del cuarto—, ¡me puede hacer falta!

Cuando Anton cerró la puerta del sótano le vino a la memoria que no le había contado nada al pequeño vampiro de lo que se estaba cociendo para él el jueves. Pero después se alegró absolutamente de no haber sumido además en este nuevo shock al ya abatido vampiro. Y, además, hasta entonces quedaban aún tres días...

# Agitación en el corredor del sótano

Tarareando su canción favorita «Había una vez un barquito chiquitito», fue Anton a su casa el martes. Les habían devuelto los dictados y Anton, que siempre sacaba sólo un bien o un aprobado, ¡había tenido un notable alto!

Por ello podría pedir un libro, y ya sabía cuál: *Historias de vampiros para avanzados*. De un empujón abrió la pesada puerta del edificio y se dirigió al ascensor. Allí se quedó parado de pronto: del sótano provenía una agitada confusión de voces y a veces aullaba un perro. ¿Tendría aquello algo que ver con Rüdiger?

Se colocó en el tramo superior de la escalera del sótano y escuchó.

—¡Aquí tiene que ser! —refunfuñó una voz de mujer—. ¡Exactamente aquí, donde a mi Susi se le eriza la piel!

Una voz de hombre respondió:

—¡Este es el cuarto de los Bohnsack!

—¿De los Bohnsack? —exclamó la voz de mujer—. ¡Anoche me encontré al granuja cuando se deslizaba al sótano con una gran bolsa! ¡A hurtadillas, le digo yo a usted, y cuando le pregunté adonde iba se puso colorado como un tomate!

—¡Todo mentira! —siseó Anton.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó la voz de hombre.

—A las siete. Sospeché en seguida.

—¿Y usted ha notado desde entonces este..., ejem..., olor?

—No, eso ya lo había notado antes.

—¿Cuándo?

—Hace aproximadamente una semana.

A esto siguió un salvaje aullido y la voz de mujer exclamó:

—¿Lo ve usted? ¡Completamente loca se pone mi Susi delante de la puerta del cuarto!

En ese momento se abrió la puerta del edificio y entró la madre de Anton.

—¿Tú aquí? —exclamó sorprendida al ver a Anton en la escalera del sótano—. ¿Cómo es que no estás arriba?

—¿Es usted, señora Bohnsack? —preguntó la voz de mujer desde el sótano.

—¡Sí! ¿Qué pasa? —preguntó la madre.

—¡Baje usted aquí! —exclamó la voz de hombre.

—¿Sabes de qué se trata? —se dirigió su madre susurrando a Anton.

—Ni idea —gruñó. No se sentía demasiado bien en su pellejo. ¡Ojalá que su madre no llevara encima la llave del sótano!

Bajaron las escaleras del sótano. Un perro-salchicha de panza caída se dirigió tambaleándose hacia ellos con ladridos airados: era el cebado perro faldero de la señora Puvogel.

—¡Está bien que venga enseguida con el granuja! —saludó la señora Puvogel. Con la excitación se le había soltado el pañuelo de nylon y ahora los rulos le colgaban por la cabeza en forma caótica.

—¿Qué ha dicho usted? ¿Granuja? —preguntó extrañada la madre.

—¿Es que acaso no es un granuja aquel que se desliza por el corredor del sótano con una bolsa a las siete de la tarde? —puso la señora Puvogel el grito en el cielo.

La madre echó a Anton una mirada que significaba «¡ya hablaremos luego!», y después dijo:

—Por eso no tiene usted derecho a llamar granuja a mi hijo. Yo tampoco la llamo a usted... chismosa.

—¿Cómo dice? —chilló la señora Puvogel—. ¿Chismosa me ha llamado usted?

Buscó palabras para descargar su ira.

—Me ha entendido usted mal —dijo la madre con frialdad—. ¡Yo dije que no la llamo a usted chismosa!

La señora Puvogel se quedó sin habla.

Entre tanto, el portero, que hasta entonces había permanecido de pie callado junto a la señora Puvogel, intervino en la conversación:

—La señora Puvogel se me ha quejado del mal olor que hay en el sótano.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? —dijo la madre.

—¡La señora Puvogel cree que el olor viene de su cuarto!

—¿De mi cuarto? —exclamó la madre—. ¡Eso es lo más increíble que he oído nunca! ¡De mi cuarto, que se limpia cada dos semanas! Ya estoy algo acostumbrada a sus habladurías, señora Puvogel —dijo entonces—. ¡Pero esto ya es realmente demasiado!

La señora Puvogel se había puesto completamente pálida.

—¿Y mi Susi? —preguntó apocada—. ¿Por qué infaliblemente ladra delante de la puerta de su sótano?

—¿Qué sé yo? —preguntó la madre mirando al perro con una mirada de desprecio—. Ciertos perros encuentran siempre algo para ladrar.

¡A Anton se le quitó un peso de encima! ¡Que su madre hubiera abogado así por él...! Naturalmente, querría saber lo que había hecho él ayer a las siete de la tarde en el sótano. ¡Pero para ello ya se le ocurriría alguna explicación plausible!

La señora Puvogel se había quedado desinflada y también al portero parecía resultarle el asunto muy penoso.

—Perdone usted, por favor —dijo a la madre de Anton—, pero yo, naturalmente, debo atender todas las reclamaciones.

Sin decir una palabra, la señora Puvogel cogió en brazos al perro-salchicha y se marchó murmurando.

—¡Vamos, Anton! —dijo la madre—. ¡Seguro que no has comido nada aún!

# Los tallarines son divertidos

Cuando ambos entraron en el salón de la fiesta, la música de órgano había cesado. Los vampiros habían vuelto a sus mesas y miraban cautivados fijamente a un vampiro pequeño y algo inclinado que estaba de pie sobre un pedestal en el centro del salón.

—Y bien —preguntó la madre en la mesa de la cocina tras haber puesto los tallarines—, ¿qué es lo que tenías que hacer tú en el sótano a las siete de la tarde?

Anton enrolló con lentitud pasmosa un par de tallarines en el tenedor.

—Es un secreto —dijo.

—¿También es un secreto el motivo por el cual faltaste ayer al entrenamiento?

Anton levantó asustado la vista. ¿Cómo sabía ella eso?

—¡Sí, te sorprende!, ¿eh? —dijo ella—. Me he encontrado precisamente a la madre de Ole y me ha contado que ayer estuvisteis en su casa jugando al monopoly.

—Ejem..., sí —murmuró Anton apocado—. Es que ayer no tenía ganas de entrenar. Correr siempre en círculo, levantar bancos...

—¡Pero si a ti siempre te había gustado ir...!

Eso era, efectivamente, cierto.

—¿Y Ole? ¿Tampoco él tenía ganas? —preguntó la madre.

Anton reflexionó. Probablemente ella ya sabía la verdad y por eso dijo:

—El hace medio año que salió del equipo.

—¡Muy bonito cómo me has engañado con tu historia del entrenador que tenía que ir irremediablemente al dentista!

La voz de la madre no sonó en absoluto enfadada, sino más bien divertida.

—Sólo me gustaría saber cómo vas a explicar ese vagar como un espíritu por el sótano.

—¿Vagar como un espíritu? ¡Con esas cosas no se bromea! —dijo Anton lleno de dignidad.

—¿Y qué es lo que tenías que hacer tú en el sótano?

Anton sacudió la cabeza.

—Es un secreto —repitió.

—¡Pero es que soy muy curiosa! —dijo la madre—. ¿No puedo enterarme de ello?

—Sí. El jueves.

—¿Hasta dentro de tanto tiempo? ¡Bueno, si tú lo dices!

Ella parecía tomar el asunto como una broma; ¡y eso era, naturalmente, lo mejor que podía pasarle a él! ¡En tanto ella no tuviera sospechas, el vampiro, en cierta medida, estaba a salvo! ¡Y de aquí al jueves tendría que haber desaparecido del sótano de todas todas, para que así él pudiera contarle a su madre con toda la tranquilidad del mundo que el secreto había sido un vampiro que había vivido una semana en el sótano!

¡Anton tuvo que reírse ahora para sus adentros al imaginarse la cara que ella pondría ante tal revelación!

—Parece que comer tallarines te divierte mucho —observó ella.

—Los tallarines son divertidos —dijo Anton—. ¿No lo sabías?

En su habitación, Anton se sentó en el escritorio, abrió su libro de lectura y empezó a hacer su tarea: «Cómo los abderitanos sembraron sal en un campo». Pero sus pensamientos se trasladaban siempre hacia Rüdiger en el sótano, hasta que, finalmente, cerró el libro. ¡De todas formas tenía que hablar hoy aún con Rüdiger y dejar claro que no podía quedarse más tiempo en el cuarto!

Pero ¿qué iba a decir a sus padres sobre por qué tenía que volver a bajar por la tarde al sótano? ¿Y si bajara ahora, a las cinco, y después llegara tarde a la cena?... Bueno, eso podía pasarle a cualquiera..., ¿o no? Volvió a abrir su libro. ¡En cualquier caso, él no era tan tonto como los abderitanos!

# Estómago vacío

—¡Me voy un poco abajo! —dijo poco antes de las cinco.

—Por mi parte... —contestó la madre—. ¡Pero no te olvides de que a las seis y media es lacena!

Abajo, Anton montó en bicicleta. ¡Dos horas eran muchísimo tiempo, pero ya conseguiría pasarlas! Además, llevaba consigo «Carcajadas desde la cripta» y podía leerlo mientras siguiera habiendo luz.

Volvió a las siete. Abrió sin ruido la puerta de la casa. No se veía a nadie y, así, recogió su bicicleta rápidamente y la llevó escaleras abajo. El corredor del sótano estaba vacío y nada parecía haber cambiado salvo el olor a moho, que se había vuelto aún más fuerte.

Dejó su bicicleta y después abrió la puerta de su propio cuarto del sótano.

El pequeño vampiro ya estaba despierto. A la luz de la vela estaba sentado en el ataúd y miraba de frente a Anton con ojos grandes y hambrientos. Pero apenas lo reconoció, su cara adquirió una expresión decepcionada.

—¡Bah, tú! —dijo de mal humor.

El pelo le salía desordenado de la cabeza y sus dientes castañeteaban con tanta rapidez como si tuviera escalofríos.

—¡Rüdiger! —exclamó sorprendido Anton—. ¿Estás enfermo?

—¿Enfermo? —dijo el vampiro intentando reír—. ¡Medio muerto de hambre es lo que estoy!

—¿Es que no has cogido..., nada? —quiso saber Anton.

El vampiro lanzó unos ayees que pusieron a Anton los pelos de punta.

—¡Ni siquiera un ratón! —gimió apretando su mano contra el cuerpo—. ¡Si tú supieras lo vacío que está mi estómago!

Al decir esto, miró a Anton con ojos brillantes pasándose lentamente la lengua por los labios. Anton se asustó. ¡Le pareció de repente como si el vampiro mirara fija e imperturbablemente su cuello!

—¿No..., no querrás acaso...? —tartamudeó retrocediendo. ¡Quién sabía de qué sería capaz un vampiro hambriento!

Pero el vampiro negó con la cabeza y gimió aún más alto.

—¿Puedes siquiera correr? —preguntó Anton compadecido.

El vampiro se levantó, dio un par de pasos tambaleantes y se dejó caer nuevamente en el ataúd.

—¡Si solamente no tuviera tanto mareo...! —sollozó.

Tenía un aspecto tan deplorable que a Anton le daba mucha pena. ¿Era de algún modo tolerable cargar ahora a Rüdiger con preocupaciones extras? ¿No debía, al menos, haber cogido antes una pequeñez? Anton notó cómo con el solo pensamiento de la comida favorita del vampiro le corría un sudor frío por la espalda; pero sobreponiéndose a ello con orgullo dijo:

—Yo... podría ayudarte.

—¿Y cómo? —preguntó el vampiro.

Anton titubeó.



—Yo no soy tan malo cazando conejos.

—¿De veras? —dijo el vampiro. Su sombrío rostro se iluminó—. ¡Lo podemos intentar!

En seguida saltó del ataúd y corrió a la ventana del cuarto. Las perspectivas de comida le habían, evidentemente, revitalizado de tal forma que podía moverse nuevamente con absoluta normalidad. Anton casi se arrepentía ya de haberle ofrecido su ayuda.

—Tú, Rüdiger —empezó titubeante—. Por lo del sótano..., pues, mi padre..., y mi abuelo...

Pero el vampiro ya había abierto la ventana y trepaba hacia afuera.

—¡Ven! —exclamó—, ¡allí hay dos conejos!

# Desgracia para un artista

Anton lo siguió malhumorado. ¡Cuando se trataba de sus intereses —los de Anton— el vampiro prefería hacerse el sordo!

Ahora se agazapaba en el césped y miraba buscando a su alrededor.

—Acababan de estar aquí —susurró.

—¡Mejor vámonos! —dijo Anton echando una mirada temerosa a las ventanas iluminadas de la sala de estar que estaba sobre ellos—. ¡Si no, nos van a ver mis padres!

—¿Y adonde? —dijo excitado el vampiro.

—Allí..., allí arriba —tartamudeó Anton indicando el parque de recreo protegido de miradas curiosas por altos matorrales.

—¿Es que hay ahí conejos? —preguntó desconfiado el vampiro.

—¡Claro que sí! —dijo Anton a pesar de que no estaba tan seguro de ello.

Con cautela, se deslizaron sobre el césped. Cuando habían alcanzado los matorrales, Anton respiró aliviado.

—¿Y dónde están ahora los conejos? —preguntó el vampiro observando desganado los andamios para trepar.

Anton apartó un par de ramas.

—Aquí —dijo—; éste es su lugar favorito.

—¿De veras? —dijo el vampiro. Su voz sonó de repente completamente áspera y sus ojos empezaron a brillar. De un salto desapareció entre los matorrales. Pero volvió en seguida. Su cara estaba arañada y se habían hecho varios rotos grandes en su capa.

—¿A esto le llamas tú conejos? —exclamó manteniendo frente a Anton dos gruesas arañas.

—¡Uaaah! —se le escapó a Anton. No podía soportar por nada del mundo a las arañas. Rápidamente se dio la vuelta, ¡pues no quería presenciar de ningún modo cómo el vampiro devoraba las arañas!

El vampiro entonces lo agarró de la manga.

—¿Crees que yo como arañas? —exclamó dejándolas caer al suelo con un gesto de repugnancia—. ¡Por lo que se ve, ves demasiadas películas malas de vampiros!

—Sólo pensaba que... —murmuró Anton. Entonces tuvo una idea—. ¡Podría ir por ti a la farmacia!

—¿A la farmacia? —preguntó el vampiro receloso—. ¿Y por qué?

—Allí tienen con..., conservas de sangre —dijo Anton.

Pero el vampiro parecía no querer oír nada de eso.

—¡Puff! ¡Conservas! —bufó el vampiro—. ¡Yo no como nada de latas!

—¿Cómo iba a saberlo? —dijo Anton herido.

En ese momento oyeron unos pasos que se acercaban al parque de recreo. La cara de Rüdiger tomó en seguida una expresión expectante.

—Un ser humano —susurró; sus dientes castañeteaban excitados.

Anton se quedó helado. Rüdiger no se atrevería a...

—¡Nosotros íbamos sólo a cazar co..., conejos! —balbuceó—. Y si tú ahora cazas otra cosa, entonces...

—¿Qué pasa entonces? —gruñó el vampiro.

—¡... entonces eso es traición!

Los pasos estaban ahora a su altura. El vampiro había puesto al descubierto sus dientes puntiagudos como agujas y miraba fijamente en la oscuridad de los matorrales. Todo su cuerpo temblaba de excitación.

—¡No! —suplicó Anton.

El vampiro lo miró espumeante de rabia.

—¡No te mezcles en mis asuntos! —siseó.

—¡Si haces eso —dijo Anton con voz temblorosa—, ya..., ya no seré más tu amigo!

Los pasos se alejaron. Se abrió y se cerró una puerta, y luego quedó todo en silencio. Con un grito, el vampiro dio una palmada delante de su cabeza.

—¡Una ocasión así! —se lamentó—. ¡Una ocasión única como ésta!

Rechinando los dientes, miró a Anton.

—¿A esto lo llamas tú ayudar? —exclamó—. ¡Me moriré de hambre, me moriré de hambre miserablemente! ¡Pero ahora voy a seguir buscando yo solo!

Decidido, alisó su capa y se dio media vuelta para marcharse.

—¿Y qué pasa con el sótano? —exclamó Anton; pero el vampiro ya no respondió. Anton lo vio desaparecer entre los matorrales.

Se marchó triste a casa. ¡No había adelantado nada y ahora ya sólo le quedaba el miércoles!

—¿Son quizá ahora las seis y media? —dijo su madre cuando él abrió la puerta de casa.

—No —gruñó. En la sala de estar ya estaba el telediario.

—¿Y por qué vienes tan tarde?

—Yo..., hemos estado jugando al escondite.

—¿Tanto tiempo?

—No. Pero mi escondite era tan bueno que hasta ahora no me ha encontrado nadie.

La excusa no era mala y en contra de su voluntad tuvo que sonreír irónicamente.

—¡Yo no lo encuentro tan gracioso! —dijo la madre de mal humor—. ¡Si esto ocurre otra vez no vuelves a bajar de noche!

Tampoco quiero hacerlo, pensó Anton de camino hacia su habitación. Únicamente mañana.

# Fiebre de caza

El reloj de la torre de la iglesia dio las ocho y media. Tiritando de frío, el pequeño vampiro salió de entre los troncos de los árboles tras los cuales había permanecido escondido desde hacía media hora. Habían pasado por allí un par de personas, pero, por desgracia, no las apropiadas: o iban en pareja, lo cual dificultaba el ataque por sorpresa, u olían ya desde lejos a ajo.

Pero ahora una mujer sola dobló la esquina. Rápidamente, el vampiro se ocultó tras una columna de anuncios. Taconeando, la mujer se aproximaba; una mujer alta y fornida, según había visto el vampiro, ¡y de seguro nada anémica! Ya casi había alcanzado la columna de anuncios cuando, de repente, se quedó parada. Un terror helado recorrió al vampiro. ¿Habría notado algo? Vigilaba la calle con precaución: la mujer estaba sólo a pocos metros de distancia de él y le daba la espalda. Sus rubios cabellos estaban sujetos a la nuca por un prendedor y su abrigo sólo tenía un cuello estrecho y ajustado, de modo que el vampiro podía ver su cuello blanco e inmaculado. Suspiró y, como si lo arrastrara una fuerza magnética, encorvó los dedos y salió de detrás de la columna.



En ese momento la mujer gritó:

—¡Rudolf! —dando una palmada.

Un gran perro pastor dobló corriendo la esquina y el vampiro apenas si pudo aún ponerse de un salto a salvo en el seto. Allí permaneció sentado mientras el perro-pastor olisqueaba los matorrales, y, finalmente, como si el vampiro no hubiera sufrido ya lo suficiente, levantó la pata.

—¡Ven, Rudolf! —dijo la mujer—. Ahora nos vamos a casa.

El vampiro observó furioso cómo se alejaban.

—¡Vaya una mierda! —imprecó sacándose las espinas de los dedos. Aunque su estómago gruñía penosamente, él no se movía. ¡La vida del vampiro era para morirse de risa, y no tenía nada de qué avergonzarse si un par de lágrimas le corrían por el rostro!

—¡Mira, allí llora alguien! —oyó decir de repente a una voz clara.

—Pero tiene un aspecto ridículo —contestó una segunda voz.

—Sí, como un vampiro —dijo la primera voz riéndose a medias.

Ante él había dos niños, cada uno con un largo bastón en la mano en cuyo extremo alumbraba un farol de colores. Sorprendido, el vampiro se llevó las manos a su cara mojada.

—¿Qué queréis? —preguntó moviendo sus piernas que se habían quedado tiesas.

Los niños empezaron a reírse.

—¿Eres de verdad? —preguntó el mayor de los dos.

—Claro —gruñó el vampiro.

Los niños tenían como máximo ocho años... ¡no era un botín que mereciera mucho la pena! No obstante, era mejor que nada en absoluto...

—¿Vamos juntos a correr con los faroles? —preguntó muy amigable de repente—. ¡Conozco un camino completamente oscuro en el que vuestros faroles alumbrarán mucho mejor aún!

—¿Y dónde? —preguntó el niño más pequeño.

—¿Dónde? —dijo el vampiro enseñando sus picudos dientes—. En el cementerio, naturalmente.

—Eso se lo tenemos que preguntar antes a nuestros padres —declaró el otro niño.

—¿Cómo es eso? —dijo el vampiro—. ¡Sin los mayores es mucho más divertido!

—De todas formas, ya vienen por ahí atrás —dijo el niño, y chilló con voz excitada—: ¡Mamá, papá, venid! ¡Aquí hay algo muy divertido! Un auténtico... —pero antes de que hubiera terminado de decirlo el vampiro había salido corriendo de allí.

Sin volverse de nuevo, corrió hasta el muro del cementerio, saltó por encima y se dejó caer en la hierba tomando aliento. ¡Aquí, al menos, estaba a salvo!

Cuando el vampiro miró a su alrededor, le sobrevino casi un sentimiento de melancolía y, lleno de nostalgia, pensó en los bellos tiempos de la cripta. No muy alejado, reconoció el abeto bajo el cual se encontraba el agujero de entrada. ¡Cómo le gustaría echar un vistazo a la cripta! ¿Seguirían estando los ataúdes en los sitios de antes? ¿O se habrían estrechado después de su traslado? ¿Dormiría ahora Anna junto a Lumpi?

Realmente nada podía pasar si miraba... ¡a estas horas los vampiros estaban fuera seguro!

De pronto, hubo un crujido a su lado y saltó de allí una figura en bata de trabajo de cuyos bolsillos asomaban largas y puntiagudas estacas. Era Geiermeier, el guardián del cementerio, que iba hacia él con una risa diabólica.

—¡Al fin te tengo! —exclamó al tiempo que cogía una estaca del bolsillo y levantaba el martillo que llevaba en la mano.

—¡Espera, jovenzuelo —dijo—, ahora te toca a ti!

Se aproximaba cada vez más...

—¡No! —gritó Anton—. ¡No!

Cuando abrió los ojos estaba tendido en su casa. ¿Lo había soñado?

—Anton —oyó la voz de su madre—. ¿Qué es lo que ocurre?

El encendió la luz. Al borde de la cama estaba sentada su madre.

—¿Te encuentras mal? —preguntó.

—No —murmuró él—. Sólo he soñado.

—¿Quieres contármelo?

El negó con la cabeza.

—¡Entonces, que duermas bien! —dijo la madre—. Ya hablaremos mañana de ello.

# Carga pesada

Después de la comida del día siguiente dijo la madre:

—¡Tú sueñas últimamente cosas tan horribles! Ya me he despertado un par de veces porque estabas gritando dormido. Y entonces gritas nombres extrañísimos... Tía Dorothee y Lumpi el Fuerte y Elke la Infame...

Anton se mordió los labios para no reírse.

—¿De verdad? —dijo como si no tuviera ni idea.

—Sí —y mientras lo miraba con atención, dijo—: Estoy preocupada, Anton.

«Yo también», hubiera preferido contestar Anton..., pero esto, naturalmente, no podía él admitirlo. Por eso dijo marcadamente despreocupado:

—¡Pero si eso es completamente normal, mamá!

—¿Tú crees? —dijo ella dudando—. ¿O vienen los malos sueños de tus excursiones nocturnas? —dijo aprensiva de repente.

—¿Qué..., qué quieres decir con eso? —tartamudeó Anton. ¿Sabría algo de su vuelo al Valle de la Amargura?

—Bien —dijo ella—, como quiera que sea, ocurre que tú los últimos días te has quedado fuera hasta más tarde que habitualmente. ¡Una vez, incluso, hasta las ocho!

—Sucedió así —murmuró Anton.

—¿Y qué hiciste fuera realmente?

—¿Que qué hice? Jugar al escondite.

—¿Tengo que creerme eso?

Encogió indiferente los hombros.

—¿Y qué pasa con el secreto del sótano? —preguntó.

—¿Tiene eso quizá algo que ver con tus pesadillas?

—¡No! ¡Eso seguro que no! —dijo Anton rápidamente.

—¿Puedo ir entonces al sótano ahora?

—¿A..., ahora? —dijo Anton asustado—. ¿Y por qué?

—Porque quiero buscar algo en una revista.

—¿No puede ser mañana?

—Mañana necesito el artículo para el colegio.

Anton reflexionó.

—¡Yo podría recogerte la revista!

—¿Harías eso?

—¡Claro! —dijo como si fuera lo más natural del mundo.

—Pero no sé en qué revista está.

—¿Nnnn..., no? —dijo Anton—. ¡Pues entonces te traeré todas!

—¿De veras? —la voz de la madre sonó incrédula—. ¿Todo el montón?

—Bueno, ¿por qué no? —dijo—. ¿Cuándo?

—Mejor ahora mismo.

Así, diez minutos después Anton bajaba en el ascensor. Aunque había actuado ante su madre como si esto no le importara en absoluto, ¡ahora podría haber dado alaridos de rabia! ¡Y todo era culpa solamente del pequeño vampiro!

Abrió la puerta del cuarto del sótano y encendió la luz. La tapa del ataúd estaba cerrada y bajo ella oyó roncar suavemente.

«¡Este se cuida bien!», pensó enfadado. «¡Al fin y al cabo me tiene a mí, que lo hago todo por él!»

¡Lo que más le habría gustado hacer era zarandear con fuerza al vampiro y gritarle toda su ira a la cara!

Permaneció de pie indeciso. ¿No debería, por lo menos, observarlo una vez? Había leído que los vampiros duermen durante el día como muertos. Por consiguiente, el vampiro no podría advertir en absoluto lo que ocurría con él.

Con precaución, agarró la tapa del ataúd y la desplazó hacia un lado. Se hicieron visibles los hombros del vampiro, luego la cabeza. Anton se estremeció involuntariamente. ¡Nunca había visto antes tan lívido al vampiro! Sus ojos estaban vidriosos y fijos hacia el frente, sin mirada. Sus mejillas estaban hundidas, y sólo su boca, ligeramente abierta y con las manchas de sangre secas, indicaba que no estaba completamente muerto.

—¿Rüdiger? —dijo en voz baja.

Ninguna respuesta.

—¿Rüdiger? —volvió a decir.

El vampiro no se inmutaba. Sólo salía de él un fuerte olor a moho que casi cortaba la respiración a Anton.

—¡Brrr! —dijo volviendo a cerrar la tapa. ¡En comparación, los pies de Anton, aun en sus peores días, olían a perfume de lirio de los valles!

Sin gana, miró a su alrededor buscando las revistas. Ordenadamente amontonadas, estaban junto al armario de las herramientas. ¿Cuántas podrían ser? ¿Cincuenta? ¿Sesenta? ¿Cien? Cogió las diez de más arriba. Pesaban más de lo que había calculado.

Delante de la puerta del sótano tuvo que volverlas a poner en el suelo para cerrar la puerta. Después volvió a levantarlas jadeando.

—¡Las diez primeras! —dijo cuando su madre le abrió la puerta de la casa.

—¡Ay, Anton! —se rió—. ¡Estás completamente rojo del esfuerzo! ¿No debería acompañarte?

Anton sacudió poderosamente la cabeza.





—Pero si es entrenamiento —aseguró presuroso.

Tras haber subido y bajado seis veces había llevado arriba todas las revistas.

Agotado, se dejó caer en su cama. Sentía sus brazos como si hubiera estado una hora levantando bancos y sus rodillas estaban blandas como el chicle.

«A un buen amigo se le conoce en la necesidad», dijo haciendo rechinar los dientes. Este era el dicho favorito de la abuela, del cual él se había reído a menudo... ¡esta vez venía al pelo!

Para distraerse de su enfado, cogió de la estantería *Carcajadas desde la cripta*. Pero apenas había leído una página y ya se había dormido.

# Un plan lleno de peligros

Cuando Anton se despertó había un silencio absoluto en la casa. Miró el reloj: ¡casi las seis! ¡Eso significaba que había dormido más de tres horas! ¡Y eso precisamente hoy cuando cada minuto era tan importante!

De un salto se echó de la cama y fue hacia la puerta. A las seis estaba su madre la mayoría de las veces en la cocina preparando la cena. Pero hoy estaba todo en silencio, no tintineaba ningún cacharro, no sonaba la radio..., ¿se habría ido?

Sin hacer ruido, Anton abrió la puerta. Tampoco oía ahora nada y, así, fue andando de puntillas por el pasillo. Allí no había nadie. Sólo encima de la mesa de la cocina había una nota:

«Querido Anton», leyó, «he ido a la oficina de papá. Allí hay hoy una pequeña fiesta. Por favor, hazte tú mismo la cena y estate de vuelta arriba como muy tarde a las siete y media. Llamaremos por teléfono a las ocho. Adiós. Mamá».

Rendido, Anton dejó caer la nota.

¡Había ocurrido un milagro! ¡Sus padres estarían fuera toda la noche y podía quedarse en la calle hasta que hubiera solucionado el asunto de Rüdiger! Dio un salto en el aire de alegría. Una extraña sensación en el estómago le hizo recordar que aún tenía que comer algo. Se cortó una rebanada de pan y la untó con mucha mantequilla. Además, comió un gran trozo de queso.

Mientras masticaba reflexionó intensamente. ¿Debía volver a ir a ver a Rüdiger al sótano? Quizá ahora dejara que hablasen con él. Pero rápidamente rechazó de nuevo esta posibilidad. ¡Sólo necesitó imaginarse cómo Rüdiger estaba sentado en el ataúd bostezando y lamentándose de su estómago vacío para convencerse de que se le debía ocurrir algo mejor!

¿Y si intentara encontrar a Anna? ¡Ella seguro que tendría comprensión para sus problemas y le ayudaría a encontrar una solución!

Al pensar en Anna, Anton se sintió en seguida mucho mejor. Su plan tenía sólo un inconveniente: ¡el único lugar en el que estaba seguro de encontrar a Anna era la cripta del cementerio! Debería, por tanto, estar al acecho cerca de la entrada y esperar a que Anna saliera...

Estremeciéndose, pensó en los otros vampiros que saldrían precisamente por ese agujero. ¡Pero tenía que asumir ese riesgo!

¡Y por si acaso, se colgaría al cuello la cadena de su madre con el crucifijo de plata y se escondería un par de dientes de ajo en el bolsillo!

Miró por la ventana de la cocina: aún había claridad, pero pronto empezaría a oscurecer, ¡y entonces tendría que estar en el cementerio!

Sacó la cadena del joyero, cogió cuatro dientes de ajo y se fue.

# La puerta abierta

Ante la puerta del edificio, Anton se encontró a la señora Puvogel. Llevaba de la correa a su perro-salchicha, que empezó a ladrar intensamente. La señora Puvogel puso un rostro agrio y, sin responder al saludo de Anton, pasó de largo a su lado.

—¡Antes su perro era más cortés! —gritó hacia ella.

Por respuesta, el perro-salchicha aulló aún más fuerte y la señora Puvogel, con una mirada temerosa a la ventana de los vecinos, tiró de él rápidamente hasta la entrada de la casa.

«El mundo está realmente lleno de vampiros», pensó Anton, «¡y los auténticos vampiros no son, de ningún modo, los peores!»

Por suerte, la señora Puvogel fue la única persona conocida que se encontró y, así, llegó al cementerio sin ser molestado.

El cementerio estaba allí, en silencio y abandonado. No se veía a nadie y Anton, tranquilizado, bajó por el camino principal.

Allí los setos estaban podados y las tumbas cuidadas..., todo lo contrario a la parte trasera del cementerio en donde se encontraba la cripta de los vampiros. Sobre una tumba reciente al borde del camino se apilaban flores y ramos, y leyó la inscripción: «¡Alfred..., permaneces entre nosotros!» Anton se rió irónicamente. ¿Se trataría en el caso de Alfred también de un vampiro?

Súbitamente se le pasó la risa al caer su vista sobre la capilla que había al final del camino: ¡la gran puerta forjada en hierro estaba abierta! Rígido del susto, Anton se quedó parado. Notó cómo su corazón latía con mayor rapidez e involuntariamente echó mano de la cruz de la cadena. ¿Quién o qué podría encontrarse en la capilla? Mientras reflexionaba todavía si debía dar la vuelta o seguir adelante, salió un hombre, cerró la puerta y la atrancó con un gran candado.

¡Geiermeier, el guardián del cementerio!, le pasó a Anton por la mente. El largo rostro, la gran nariz y la bata de trabajo, de la que realmente salían estacas de madera, sólo podían pertenecer a Geiermeier. Seguro que sabía ciertamente que a los vampiros sólo los puede matar una estaca que les atraviese el corazón.

Ahora Geiermeier había vislumbrado a Anton. Su cara tomó una expresión desastrosa y con paso lento fue hacia él. Era como un sueño y Anton notó cómo le venía el sudor a la frente.

En seguida levantaría Geiermeier el martillo...

Pero, en lugar de eso, lo miró desabrido con sus ojitos de cerdo y preguntó con voz ronca:

—¿Qué quieres tú? —su aliento olía tan fuerte a ajo que Anton contuvo la respiración.



—Yo só..., sólo me iba —tartamudeó. Y mientras retrocedía un par de pasos—: ¡De todos modos, quería marcharme enseguida a casa!

—¡Ah!, ¿sí? —dijo el guardián del cementerio; se podía observar claramente que no creía a Anton ni una sola palabra—. Sin embargo, has ido en dirección equivocada.

Sacó una estaca del bolsillo y, perdido en sus pensamientos, pasó el pulgar por la punta. A Anton le corrió un escalofrío por la espalda.

—Ah..., ahora quiero irme a casa —tartamudeó; se dio la vuelta y salió corriendo de allí a lo largo del camino principal hasta la puerta de entrada.

Sólo allí se atrevió a volverse. Geiermeier lo seguía, pero no parecía tener mucha prisa. En la mano tenía un manojito de llaves con el que —así lo suponía Anton— iba a cerrar la puerta.

Rápidamente, Anton cerró tras sí el portón y se apoyó tomando aliento contra el muro del cementerio, que allí en la entrada era liso y blanco. Un abeto lo protegía de las miradas de Geiermeier y así pudo descansar y reflexionar un par de minutos. ¡Empezaba ya a oscurecer... Era ya hora para él de ir a la cripta!

Y como Geiermeier le cerraba el camino por el cementerio, sólo había una posibilidad: ¡tenía que trepar por el muro trasero del cementerio! «No es una perspectiva muy agradable», pensó Anton, pues ese camino también lo tomaban los vampiros cuando iban de caza. Y en caso de que se encontrara con un vampiro antes de haberse podido esconder detrás de una lápida que estuviera cerca... Pero ahora tenía que quedar a expensas de eso y, de este modo, corrió hasta alcanzar la parte gris y desmoronada del muro. Miró con atención hacia todas partes y al no observar nada sospechoso se subió a un saliente del muro y saltó por encima.

# Los vampiros vienen

Ese rincón del cementerio siempre le había infundido horror a Anton: la hierba crecía allí casi hasta la altura de la rodilla y las lápidas destruidas y las cruces torcidas daban al lugar un aspecto fantasmagórico. Hoy se sentía más débil que otras veces y con miradas llenas de miedo dirigía su vista hacia el alto abeto bajo el cual se hallaba el agujero de entrada a la cripta. ¿No se había movido allí algo? La boca de Anton se sintió de repente completamente seca y él se acurrucó rápidamente detrás de la siguiente lápida. Su corazón latía tan fuerte que pensaba que se tenía que oír hasta desde el abeto, de cuya sombra surgía ahora una oscura figura.

Era un pequeño y rechoncho vampiro que miró a su alrededor lenta y minuciosamente antes de desplegar los brazos bajo su capa y echar a volar. ¡Anton suspiró aliviado, ya que el vampiro había mirado en su dirección un par de veces!

Entonces apareció una segunda figura: un vampiro grande y fornido que se elevó enseguida en el aire. ¿Lumpi el Fuerte?

Ahora había un taconeo en la piedra sobre el agujero de entrada. Anton contuvo la respiración. Un pequeño y enjuto vampiro, apoyado en un bastón, salió cojeando de la oscuridad del abeto con mucho esfuerzo. Anton lo oyó gemir en voz baja. Entonces, el vampiro guardó el bastón bajo la capa y emprendió el vuelo. ¿Quién podría ser ése? ¿Elizabeth la Golosa? ¿Sabine la Horrible?

Nuevamente se movieron las ramas del abeto y surgió una figura. Permaneció de pie y aspiró el aire, examinante. Anton notó cómo su corazón daba un salto y latía después como enfurecido. ¡La figura miraba hacia él! Sí, ya no había ninguna duda de que lo había percibido, pues ahora se aproximaba con paso lento... ¡Era Tía Dorothee! Anton estaba como paralizado de terror.

Temblando todo su cuerpo, la vio frente, a él sin poder mover ni siquiera un dedo. Ella estaba ya tan cerca que pudo ver su gran boca.

—¡No! —gritó lleno de espanto.

—¿Por qué no? —oyó la voz de Tía Dorothee—. ¡Sólo duele al principio. Después es hermoso!

Ella extendió las manos hacia él y Anton olió su frío aliento de tumba.

—¡No! —gritó una vez más.

—¡Estate quieto! —dijo Tía Dorothee—. Si no, te voy a morder a un lado y tendrás una horrible cicatriz.

Anton sintió que se iba a desmayar enseguida cuando, de pronto, la piedra hizo un ruido y una voz clara y familiar exclamó:

—¡Tía Dorothee! ¿Qué haces ahí?

Tía Dorothee se quedó parada.

—Sí, ¿qué pasa? —dijo sorprendida.

Anton abrió los ojos y reconoció a Anna. Una agradable sorpresa le sobrecogió... Acaso no estaba aún perdido del todo.

—¡Tía Dorothee, tienes que ir abajo! —oyó decir a Anna.

—¿Abajo? —la voz de Tía Dorothee revelaba desconfianza—. ¿Y por qué?

—¡Vas a ser recompensada!

—¿Recompensada? —dijo halagada Tía Dorothee—. ¿Porque he descubierto a Rüdiger?

—¡Sí! —respondió Anna—. ¡Pero date prisa!

—¿Y este de aquí? —preguntó Tía Dorothee lanzando una mirada voraz a Anton.

—De ése me cuido yo entre tanto —declaró Anna.

—Sí, entonces... —dijo Tía Dorothee, miró ávida al cuello de Anton y volvió al agujero de entrada—. ¡Pero no lo toques! —gritó desde allí. ¡Sin ningún fundamento, pues, después de todo, Anna sólo bebía leche!

Cuando ella desapareció, Anna agarró a Anton del brazo.

—¡Ven, tenemos que irnos! —dijo.

—¿Y Tía Do..., Dorothee? —tartamudeó Anton que aún estaba totalmente sobrecogido.

—¡Sí, por eso! —exclamó Anna—. Ella volverá enseguida y si tú aún sigues estando aquí...

No siguió hablando, sino que tiró de Anton tras sí hacia el muro del cementerio. El la seguía sin voluntad. Su cabeza retumbaba y aun ahora creía sentir todavía la mirada de Tía Dorothee con la que ella le había dejado débil y sin capacidad de resistencia.

—No podemos perder tiempo —dijo Anna una vez que habían trepado por el muro del cementerio—. Tía Dorothee puede volar y nosotros sólo tenemos una capa.

—¿A..., adonde vamos entonces? —preguntó Anton.

—Lo más lejos posible —contestó Anna—. ¡Hasta que Tía Dorothee haya perdido las ganas de perseguirnos!

# Huyendo

—¿Y si nos escondemos? —preguntó Anton.

—¿Dónde? —dijo Anna.

—En mi casa.

Anna negó con la cabeza.

—Tía Dorothee sabe dónde vives.

—¿Y en el colegio?

—¿En tu colegio? —Anna se había detenido y miró a su alrededor. Con especial atención, observó el cielo—. ¿Y dónde nos vamos a esconder allí?

—En mi clase.

—¿Es que no está cerrado el colegio?

Anton no pudo menos que reírse irónicamente.

—Sí —dijo—, pero la llave de mi casa abre la cerradura.

—¿De veras? —Anna se rió—. Yo siempre he querido ver un colegio por dentro —añadió—.

¡Vamos, pues!

Poco después estaban delante del colegio de Anton. En la pequeña construcción anexa, en la que vivía el portero, había luz. Todo lo demás estaba a oscuras.

—Yo iré delante —susurró Anton.

Pasó por encima la cerca de madera y Anna lo siguió. Pasaron por el patio del colegio que, en la oscuridad, parecía casi lúgubre, y llegaron a un edificio plano. Anton sacó un llavero del bolsillo mientras Anna buscaba con la vista a Tía Dorothee.

—¿La ves? —preguntó angustiado Anton.

—No sé —contestó Anna—. Ahí detrás vuela algo, pero no sé si será Tía Dorothee...

Ahora Anton había encontrado la llave correcta y había abierto. Rápidamente se introdujeron a hurtadillas en el vestíbulo y cerraron la puerta tras sí. Entonces permanecieron quietos escuchando atentamente.

—¿Oyes algo? —preguntó Anton.

—Sí —dijo Anna en voz baja—. Afuera merodea alguien.

Anton no veía nada, pero se le puso la piel de gallina.

—¿Tía Do..., Dorothee? —tartamudeó.

—Quizá...

Transcurrieron algunos minutos que a Anton le parecieron una eternidad. Entonces dijo Anna:

—Se ha marchado.

—¿Era Tía Dorothee? —preguntó Anton.

—Sí —dijo Anna—. ¿No has oído su rechinar de dientes?

Con la idea de que Tía Dorothee había estado precisamente a sólo pocos metros de él, a Anton se le pusieron los pelos de punta.

—¿Tú crees que se ha dado cuenta de que estamos aquí? —preguntó.

—Seguro que no —lo tranquilizó Anna—. Si no, no habría continuado su vuelo.

A Anton se le quitó un peso de encima. Al fin había desaparecido Tía Dorothee y podía hablar tranquilo con Anna sobre Rüdiger.



## En la clase de Anton

Pero Anna parecía interesarse por el momento en cosas completamente diferentes.

—¿Cuál es tu clase? —preguntó agitada—. ¿La de la izquierda o la de la derecha?

—La de la izquierda —gruñó Anton.

Ella empezaba a abrir la puerta de la clase.

—¡Ven, Anton! —exclamó.

—Anna —empezó él—, tengo que hablar contigo...

—Sí, sí —dijo ella superficialmente—, después. Ahora tengo demasiada curiosidad.

Al resplandor de la luz de la luna corrió por la habitación contando las sillas.

—¡Treinta y cinco! —exclamó ella—. ¡Qué sociable!

—¿Sociable? —se sorprendió Anton—. ¿A ti te parece bien que se pueda intervenir una sola vez en cada clase?

—¡Claro! —dijo Anna—. Entonces puedes dormir el resto de la clase sin que nadie se dé cuenta.

—Y en los ejercicios escritos te ponen un cero —repuso Anton.

Anna se quedó parada ante la mesa del profesor.

—¿A quién pertenece esta gigantesca mesa? —preguntó.

—A mi profesora —respondió Anton, para quien la visita duraba ya demasiado.

—Vaya —dijo reflexiva Anna—, para que los niños se asusten más de ella, ¿no es cierto?

Se encorvó y miró en los cajones.

—¡Pero si aquí no hay ninguna palmeta! —exclamó decepcionada.

—Las palmetas ya no están permitidas —aclaró Anton.

—¿No? —exclamó sorprendida Anna—. Pero Lumpi cuenta siempre que...

—Hoy hay métodos mucho mejores —dijo Anton.

Anna pensó y exclamó después:

—¿Porras?

—Notas —respondió Anton.

—¿Notas? —Anna puso cara de perplejidad—. ¿Y cómo funciona eso?

—Muy sencillo —dijo Anton—. En el colegio te ponen notas por todo. Si tienes buenas notas puedes ir, como dicen siempre mis padres, a un colegio «superior» y aprender después un buen oficio y ganar mucho dinero. En todo caso, si tienes malas notas...

—¡Pero eso es injusto! —exclamó Anna—. Si uno no puede estudiar así...

—Precisamente —dijo Anton.

—¿Y qué notas tienes tú? —preguntó Anna.

—Regulares.

—¿No podrás después ir a un colegio «superior»?

—Ya veremos —dijo Anton—. También tendría que tener ganas de ello.

Anna miró por la ventana sumida en sus pensamientos.

—Entonces el colegio no es tan estupendo como yo pensaba —dijo. De pronto se le ocurrió

algo—: ¿Dónde está tu sitio?

—Aquí —dijo Anton señalando una mesa de la penúltima fila.

—¿Y quién se sienta a tu lado? —preguntó Anna—. ¿No será..., una chica?

Anton tuvo que reírse.

—Un chico —dijo.

Anna respiró aliviada.

—¡Pero siéntate en tu silla! —pidió ella.

—¿Y por qué? —preguntó Anton mientras se sentaba.

—Porque me gustaría sentarme a tu lado —sonrió—. Ahora es como si fuéramos compañeros de clase —dijo exaltada al tomar asiento junto a Anton—. Entonces te vería todas las mañanas en el colegio, podríamos ir juntos por el patio y hacer por la tarde los deberes...

Al decir las últimas palabras su voz había sonado de pronto triste y ahora se pasaba la mano por los ojos.

—¡Ay, Anton! —suspiró mirándolo con ojos grandes y brillantes.

Anton volvió rápidamente la cabeza.

—¿Podemos hablar ahora sobre Rüdiger? —dijo tímidamente.

—¿Sobre Rüdiger? —exclamó ella—. ¡Yo te soy completamente indiferente!

—No —dijo rápido.

¡No podía de ningún modo herirla ahora! Pero ¿cómo iba a encontrar las palabras apropiadas si Anna sollozaba copiosamente y él mismo también se sentía muy extraño?



—Anna —dijo titubeando—. Si sólo es por los listones.

—¿Por los listones?

—Sí. Mañana viene mi abuelo y entonces mi padre y mi abuelo van a coger los listones del sótano.

—¿Del sótano? —preguntó Anna asustada—. ¿Y Rüdiger? ¿Cómo va a llevarse otra vez el ataúd a la cripta tan rápidamente? La prohibición de cripta ya ha sido levantada, pero...

—¿Levantada? —Anton creía no haber oído bien—. ¿La prohibición de cripta está levantada de verdad?

Soltó un gallo con la voz a causa de la alegría.

—Sí —dijo Anna—, esta noche.

—Pues eso es... —a Anton le faltaban las palabras—. ¡Entonces puede regresar esta noche a la cripta!

—¿Y el ataúd? —objetó Anna—. Es imposible que pueda llevarlo él solo. Además, seguro que ahora ha salido —añadió.

—¡Nosotros dos podríamos llevar el ataúd! —exclamó Anton.

—¿Y si vuelve Rüdiger y su ataúd ya no está allí? —dijo Anna.

—Le pegaremos una nota a la ventana del sótano —dijo Anton. Y como Anna estaba callada mirando pensativa por la ventana—: ¡Por favor, Anna!

Lo miró de soslayo y ahora volvió a sonreír.

—¡Si tú me lo pides no puedo decir que no!

Estuvo a punto de extender los brazos y abrazarla, pero le dio sólo amistosamente" palmaditas en el hombro.

—¡Eres estupenda! —dijo él; su voz sonó ronca de pronto.

—¿Tú crees? —dijo ella, y, a pesar de que sólo los iluminaba la luz de la luna, pudo, sin embargo, reconocer cómo su rostro se ponía muy colorado—. ¡Por cierto —dijo ella levantando examinante la nariz—, hay algo en vuestra clase que apesta!

—¿Sí? —dijo Anton. El no había notado nada aparte del ligero olor a moho de Anna.

—Sí —dijo ella torciendo la boca—. Un hedor absolutamente repugnante a... ¡ajo!

—¿A ajo? —murmuró Anton.

Entonces se acordó de los dientes de ajo que se había guardado. Inseguro, echó mano al bolsillo y los sacó, haciendo gritar a Anna:

—¡No! ¿Quieres asesinarme?

—¡Pe... perdona! —tartamudeó Anton—. No pensaba que...

—¿No conoces el viejo dicho de los vampiros: «Vapor de ajo, cólico gástrico»? —exclamó Anna que había retrocedido hasta la mesa del profesor—. ¡Rápido, tíralos fuera!

Anton abrió la ventana y los tiró al patio.

—Eran contra Tía Do... Dorothee —aclaró.

—¿Tú crees que te habrían servido de algo? —dijo Anna—. Al contrario. Sólo habrían puesto a Tía Dorothee aún más furiosa.

Anton se estremeció.

—¿Y la cruz? —preguntó señalando la cadena del cuello.

Anna denegó:

—Nada más que superstición. En realidad sólo ayuda una cosa.

—¿El qué? —preguntó Anton con interés.

—Ser uno mismo vampiro —dijo Anna riéndose para sus adentros.

# Apuros

Durante el camino de vuelta Anton preguntó:

—¿Y la prohibición de cripta ha sido realmente levantada?

Aún le seguía pareciendo un milagro.

—Al principio iban a prolongarla a cuatro semanas —aclaró Anna—. Sobre todo mi abuela, Sabine la Horrible, sostenía eso... como prevención para nosotros, los demás niños vampiros, decía. Pero, después de contarles yo que desde hacía días Rüdiger no había comido nada como es debido y que vagaba melancólico por el lugar, ellos temieron que pudiera, debido a la confusión, tenderse al sol e irse extinguiendo, y le permitieron regresar a la cripta.

—¿Crees tú que hubiera hecho eso? —preguntó turbado Anton. Pensó en la pinta tan débil y enfermiza que tenía el pequeño vampiro durante las visitas al sótano... ¿No habría tomado lo suficientemente en serio sus dificultades?

Pero Anna sólo se rió.

—¡No te preocupes! —dijo—. Tenía que exagerar algo.

Con secreta admiración, Anton la miró de soslayo.

¡Si no tuviera él a Anna...! Pero ¿no estaba ella tan en peligro como Rüdiger?

—Y si ellos te... quiero decir, tú también tienes trato con seres humanos —dijo.

—¡Bah! —dijo despreocupada Anna—, a mí no me descubren —y mientras tomaba el brazo de Anton sonrió—. Pero es amable por tu parte que te preocupes por mí.

Anton tosió sonrojado. ¡Anna siempre tenía que expresar sus sentimientos tan crudamente! Con precaución, retiró su brazo y dijo:

—En... enseguida llegamos.

—¿Están tus padres en casa? —quiso saber Anna.

—No —dijo Anton—. Y antes de las diez seguro que no vuelven... ¡Pero iban a llamar a las ocho! —se acordó.

Asustado, miró su reloj de pulsera: ¡ya eran las ocho y diez!

—¡Entonces tengo que subir rápidamente! —exclamó—. ¿Quieres acompañarme?

—Si puedo... —dijo Anna sonriendo.

Apenas si habían cerrado tras ellos la puerta de la casa cuando sonó el teléfono. La madre de Anton estaba al aparato.

—¡Hola, mamá! —dijo esforzándose en hablar como siempre a pesar de que su corazón latía fuertemente—. ¿Que dónde estaba yo a las ocho?

Miró hacia Anna que se estaba peinando ante el espejo del vestíbulo. ¿Es que tenía que estar precisamente allí donde podía escuchar cada palabra? ¡Y además en las historias que él conocía los vampiros no se reflejaban en absoluto en el espejo!

—Estaba en el... baño —dijo.

Anna se echó a reír.

—¿Que si estoy solo...? ¡Naturalmente, mamá! ¿Qui... quién se acaba de reír? Érala radio.

Hizo a Anna una señal con la mano de que fuera a la sala de estar, pero ella permaneció

imperturbable y continuó peinándose.

—¿Qué es lo que voy a hacer ahora? Me voy a la cama —dijo.



Anna volvió a reírse.

—No —gritó Anton al teléfono—, aquí no hay nadie. Eso es un programa de chistes de la radio. ¿Si ya me he lavado? ¡Sí! ¡Buenas noches, mamá!

Colgó y tomó aliento.

—Casi se entera de algo —dijo reprochándoselo a Anna.

—¿Qué podía hacer si me entra la risa? —se defendió ella.

Dejó el cepillo y se volvió hacia él.

—¿Estoy guapa?

—Sss... sí —dijo.

—¿Te vas entonces ahora... a la cama? —preguntó.

—No —gruñó Anton.

—Lástima —dijo ella—. Me hubiera gustado probar cómo se está en tu cama.

Al decir esto lo miró anhelosa. Anton notó cómo se le subían los colores a la cara.

—De... deberíamos ahora recoger el ataúd —tartamudeó.

—¿Ya? —dijo decepcionada—. Si tus padres no vienen hasta las diez...

—Qui... quizá vengan antes.

—Está bien —su voz sonó ofendida—. Si tú lo dices.

Anton tragó saliva. ¿Había vuelto a hacer algo mal?

—Yo... tengo un libro para ti —dijo rápidamente para ponerse a bien con ella.

—¿Para mí?

—Sí.

Fue a su habitación y recogió Carcajadas desde la cripta. Con una mirada afligida observó el libro que sólo había leído hasta la mitad y se lo dio.

—¡Gracias! —se alegró ella guardándolo bajo su capa—. ¿Era de verdad para mí?

—Sí —murmuró él.

—¡Entonces recojamos ahora el ataúd! —dijo.

—Anna —dijo mientras bajaban en el ascensor.

—¿Sí?

—¿Es verdad que los vampiros no se reflejan en los espejos?

Ella bajó la cabeza avergonzada.

—¿Tan mal me he peinado?

—No, no —aseguró rápidamente Anton—, sólo me interesaba.

—A nosotros los vampiros nos discriminan en todas partes —dijo quejumbrosa—. ¡No es sólo que durmamos en ataúdes infectados de gusanos y tengamos que llevar mohosas capas! ¡Además no nos podemos mirar al espejo cuando nos queremos embellecer!

Anton asintió con el pensamiento, pues cuando se imaginaba cómo estaría ella con pantalones vaqueros y jersey, el cabello peinado y una tez sana... Notó cómo su corazón latía más rápidamente y se alegró cuando paró el ascensor y pudieron salir.

—Pero ¿yo te gusto así...? —preguntó ella tímidamente.

—Cla... claro —dijo Anton.

¡Era bueno que la iluminación sobre la escalera del sótano fuera tan oscura! Si no, ella habría visto cómo se ponía colorado.

Anton abrió la puerta que daba al corredor del sótano y apretó el interruptor de la luz. El olor a moho se había hecho aún mayor y tuvo que reírse irónicamente al pensar en la señora Puvogel con su sensible olfato. ¡Pronto podría respirar profundamente!

—Este es nuestro cuarto —dijo susurrando a pesar de que no se veía a nadie.

—Se huele —Anna se rió para sus adentros.

Anton abrió y entraron. Nada había cambiado: los listones apoyados en la pared, el ataúd de Rüdiger detrás con su tapa echada a un lado.

—No es muy acogedor —dijo Anna.

—¿No? —dijo Anton.

—Y tan solitario. ¡El pobre Rüdiger!

—¿Cómo dices? —exclamó indignado Anton.

Había aguantado un montón de molestias para que el pequeño vampiro tuviera un lugar donde refugiarse y lo único que tenía que decir Anna era «¡el pobre Rüdiger!»

—¿Es que hubiera debido poner una alfombra roja, o qué? —dijo enojado.

Anna se rió.

—No. Pero, ¿sabes?, para un vampiro como Rüdiger que siempre ha yacido... eh... vivido... en comunidad...

—Quizá hubiera debido tumbarme a su lado —dijo sarcástico Anton. Había arrancado la esquina de un cartón y escribió a lápiz en ella una nota para Rüdiger:

«Querido Rüdiger:

Han levantado la prohibición de cripta. Hemos llevado de nuevo tu ataúd a la cripta.

Anton».

Después metió la nota entre el enrejado de alambre y la hoja de cristal de la ventana del sótano y la cerró por dentro.

—¿Estás ofendido? —preguntó Anna.

El sólo gruñó.

—Anton —dijo ella dulce—. Sólo quería decir que yo... ¡O sea, que yo en el lugar de Rüdiger hubiera preferido dormir en tu casa!

Anton no dio ninguna respuesta, sino que empezó a recoger los listones.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Anna.

—Si pudieras coger conmigo la tapa del ataúd...

Juntos levantaron la tapa. Pesaba tanto que a Anton le dolían los hombros. Miró preocupado a Anna. ¿Cómo iba a conseguir llevar el ataúd y la tapa hasta la cripta con Anna, que era cabeza y pico más baja que él?

Pero Anna sonrió llena de confianza como si pudiera leer sus pensamientos.

—Yo soy fuerte —aseguró—. Más fuerte que Rüdiger.

—¿De veras? —dijo incrédulo Anton.

Como demostración, ella puso el ataúd en el medio.

—¿Lo ves?

—¡Es verdad! —se sorprendió Anton—. Eso no se lo espera uno.

—¿No es cierto? —dijo ella orgullosa.

Ella iba a los pies del ataúd y Anton agarraba de la cabeza. Con cuidado, lo llevaron hasta la puerta del sótano.

## Tres sobre un ataúd

No había nadie, y, así, colocaron el ataúd junto a la puerta y Anton volvió a echar el cerrojo. De pronto se le hizo un nudo en el estómago: si precisamente ahora viniera alguien al sótano... O si de camino se encontraban con alguien...

Anna interrumpió las reflexiones de él al levantar el ataúd.

—¡Ven! —susurró.

Sin encender la luz, recorrieron el corredor del sótano y subieron las escaleras hasta la puerta del edificio. Cuando todo estuvo en silencio llevaron el ataúd afuera y lo colocaron en la sombra de los matorrales.

—¡Puf! —dijo Anton frotándose sus manos doloridas.

—¿Ya estás agotado? —rió Anna, a quien no se le notaba en absoluto el esfuerzo.

—Nnn..., no —dijo—, ni pizca.

¡Delante de Anna no flaquearía!

—¡Pues vámonos! —dijo ella agarrando de nuevo.

Escogieron el oscuro camino por encima del patio de recreo y llegaron a la calle sin haberse encontrado a nadie. Casi todos los coches estaban ya en los aparcamientos y no había ninguna persona en las proximidades.

—Están sentados delante de la televisión —aclaró Anton.

—Ya lo sé —contestó Anna—. Mientras dura la programación de noche es inútil para los vampiros salir de caza.

—¿Y qué hacen en ese tiempo? —quiso saber Anton.

Anna se rió para sus adentros.

—¡Vuelan alrededor de las casas buscando una entrada!

—¡Brrr! —dijo Anton cogiéndose del cuello. ¡Cuánto tiempo estaba la ventana abierta en su casa! Y cuando pensaba en Tía Dorothee...

—¿Nos vamos? —preguntó Anna.

Volvieron a levantar el ataúd y lo llevaban por el camino cuando de pronto apareció enfrente una figura. Era un hombre que llevaba un paso singular y tambaleante. Miró curioso hacia ellos.

—¿Conoces a ése? —preguntó Anna.

Anton negó con la cabeza.

—Ese está borracho —dijo.

Lentamente, con pasos vacilantes, el hombre cruzó la calle y fue hacia ellos. Anton notó cómo le temblaban las piernas. ¿Debían salir corriendo y dejar el ataúd? Pero ¿qué ocurriría entonces con él? Anna parecía haber pensado lo mismo, pues susurró:

—¡Nos sentamos simplemente encima! ¡Así no lo verá!

Saltó sobre el ataúd y extendió su capa mientras Anton se sentaba junto a ella.

El hombre estaba ahora tan cerca que Anton podía oler el tufo a cerveza que despedía. Anna volvió a un lado la cabeza y estornudó.

—¿Qué, chicos, estáis descansando? —dijo—. ¡Hacedle sitio al tío!



Anna y Anton intercambiaron una mirada de susto.

—¿O acaso esto no es un banco?

Se inclinó para examinar el ataúd, pero perdió el equilibrio y se cayó contra la madera.

—Si no hubiera bebido tanto diría que esto es un ataúd —murmuró mirando a Anna y Anton con ojos inyectados en rojo—. ¿Esto es un banco o no? —balbució.

—Un ba... banco —dijo Anton.

—¡Pues entonces!

Se sentó pesadamente y sacó una botella de cerveza del bolsillo.

—¡Salud! —dijo, y bebió. Después secó la boca de la botella con el pulgar y se la tendió a Anna—. ¡Toma! ¡Bebe!

—¡No, gracias! —dijo Anna.

—¿Y tú? —dijo con brusquedad a Anton—. Espero que tú no seas tan melindroso.

—Sss... sí —tartamudeó Anton—. No... no me gusta la cerveza.

—¿Qué...? ¿No te gusta la cerveza? —se sorprendió el hombre. Se llevó de nuevo la botella a la boca y bebió—. Vaya una cosa. Cuando yo tenía tu edad... Pero, ¿sí fumarás? —dijo ofreciendo cigarrillos a Anton.

Anton los despreció con la mano.

—¿Tampoco? —El hombre puso una cara de incompreensión—. Entonces, ¿cómo quieres aprender si no empiezas pronto?

—Es que yo no quiero aprender —dijo Anton.

El hombre había terminado de beber su botella de cerveza y la arrojó a los matorrales. Ahora se encendía un cigarrillo con dedos temblorosos. Cuando prendió, se echó placenteramente hacia atrás..., y se cayó de espaldas con un fuerte estrépito. Pareció tan ridículo que Anna se echó a reír.

—¡Psst! —siseó Anton—. ¡A los borrachos no se les puede irritar! ¡Lo mejor será que desaparezcamos antes de que se levante!

Cogieron el ataúd y salieron corriendo.

—¡Eh, quedaos quietos! —gritó el hombre—. ¡Me habéis engañado! ¡Eso no era ningún banco! ¡Los bancos tienen respaldo!

Aún vieron cómo se levantaba con dificultad y daba un par de tumbos en dirección a ellos, pero ya estaban tan lejos que él no les podía seguir.

## Sensaciones variadas

—¿Tú también beberás cerveza cuando seas mayor? —preguntó Anna.

—¡Tanta, seguro que no! —contestó Anton.

—¿Y por qué bebe tanto ese hombre? —¿Por qué?

—¿Cómo podía explicarlo?—. Quizá tiene problemas y quiere olvidarlos...

—¡Ah, ya! —dijo Anna.

Por fin asomó el muro del cementerio. Anton respiró aliviado. Sus manos estaban ya casi insensibles y le dolía la espalda. Anna, por el contrario, llevaba, el ataúd como si lo hiciera todas las noches.

—¿Puedes seguir? —preguntó volviéndose hacia él con una amable sonrisa.

—Sss... sí —murmuró.

—Ya no está lejos —dijo—. Allí delante podemos subir el ataúd por el muro.

Se metió en un camino estrecho y Anton la siguió... con sensaciones muy variadas. Los espesos matorrales a ambos lados del camino eran un escondite perfecto... para Tía Dorothee, por ejemplo...

Pero alcanzaron sin contratiempos el muro del cementerio. Descargaron el ataúd y Anna susurró:

—Yo me subo arriba y tú empujas el ataúd hacia mí.

Ella trepaba ya por el muro, que era tan alto allí que Anton apenas podía rozar el borde con los brazos estirados.

—¿Por qué no usamos el muro trasero? —preguntó en voz baja—. Aquél está mucho más bajo.

—Eso es demasiado peligroso —aclaró Anna—. Piensa en Geiermeier.

Desconcertado, Anton miraba alternativamente del ataúd al muro. ¡Eso no lo lograría nunca!

—¿Empujas? —preguntó Anna.

Agarró el ataúd por debajo e intentó subirlo hacia arriba.

—No es posible —dijo quejumbroso.

—¡Primero la tapa! —susurró Anna.

Anton cogió la tapa y la empujó hacia arriba con todas sus fuerzas.

—¿La tienes? —exclamó.

—No —dijo Anna, pero entonces ya era demasiado tarde: la tapa se le escurrió de las manos y cayó al otro lado con un fuerte crujido. Resonó un grito ahogado.



—¿Te... te has herido? —tartamudeó Anton.

—Sí —llegó la respuesta.

—¿Qui... quieres que te ayude?

—¡No!

Mientras aún pensaba qué debía hacer, Anna llegó trepando a duras penas. Su rostro estaba cubierto de lágrimas y trataba de estirar un pie.

—¿Está... roto? —preguntó asustado Anton.

—No —gruñó ella, y colérica cogió la parte de abajo del ataúd y la colocó encima del muro. Anton la miró desconcertado.

—¡Sujeta! —le dijo con brusquedad mientras subía por el muro.

—¿Empujo? —preguntó vacilante.

—¡Ni hablar! —exclamó, y rápidamente arrastró hacia sí la pesada pieza.

Anton oyó cómo ella colocaba la tapa encima.

—¿Estás enfadada conmigo? —preguntó.

—Sí —dijo, y, con voz más ronca, añadió—: ¡Torpe!

—¡Pero no lo he hecho a propósito!

Ella no dio ninguna respuesta.

—¡Anna! ¡Perdona, por favor!

Tampoco ahora contestó. ¿Habría echado a andar ella sola con el ataúd? Anton se subió a una piedra y se empinó tanto que pudo mirar por encima del muro. Distinguió vagamente a Anna llevando el ataúd a través de la alta hierba. Cojeaba y él oyó cómo gemía en voz baja.

—¡Anna! —gritó—. ¡No te vayas! ¡Yo no quería hacerte daño!

Pero ella seguía andando simplemente.

—¡Anna! —gritó de nuevo; pero entonces ya había desaparecido entre los árboles.

Anton se dejó deslizar por el muro y se quedó de pie indeciso. Entonces se dio la vuelta y regresó corriendo camino a casa. Extrañamente... de pronto ya no pensaba en los matorrales ni en los posibles peligros que podían acechar tras ellos. Seguía viendo continuamente a Anna ante sí, cómo iba cojeando con el pesado ataúd a través de la hierba sin volverse una sola vez hacia él. Y, además, tenía una extraña sensación en el estómago como si hubiera comido uvas crespas y hubiera bebido agua después. Se atragantó: ¿acaso eran... penas de amor? También era curioso que no quisiera entrarle alivio alguno a pesar de que por fin se había deshecho del ataúd... ¡Pero se había comportado como un elefante en una tienda de porcelanas y si ahora estaba indignada con él lo podía comprender bien!

Entró en la casa, subió por el ascensor y abrió la puerta. Allí no había nadie.

Cayó en la cama como un tronco.

¡Espero que me perdone!, pensó aún, antes de dormirse.

# Todo en vano

—¡Anton! —Desde lejos llegaba la voz de su madre—. ¡Anton, a levantarse!

—Sí —gruñó él.

—¡Anton, son ya las siete y cuarto!

Se frotó los ojos y parpadeó. La luz que había encendido su madre lo cegaba y al volverse ahora hacia un lado le dolía todo el cuerpo.

—¡Ay! —se lamentó.

—¿Estás enfermo? —preguntó preocupada la madre.

—¿Enfermo?

¡Eso era una buena idea! Además, realmente no se sentía demasiado bien. Hizo una mueca de dolor.

—Creo que tengo gripe.

—¿Gripe? —dijo su madre tomándole la frente—. Pero si no tienes nada de calor.

—Me duele todo —se lamentó.

—¡Entonces tenemos que tomarte la temperatura! —explicó; fue al cuarto de baño y volvió con el termómetro—. ¡Aquí! ¡Y sin trucos!

—¿Qué trucos? —preguntó ofendido Anton. Pero ella permaneció sentada como si nada en el borde de la cama mirando el reloj.

—¡Dime, tú no tienes puesta ninguna ropa de noche! —exclamó de repente.

—¿Nnn... no? —dijo Anton fingiendo sorpresa y estirando la manta hasta la barbilla.

—No —dijo ella señalando la silla del escritorio.

—Sólo te has quitado los pantalones y el jersey. Además, ¿cómo vuelven a oler tus ropas? Desconfiada, se acercó el jersey de Anton a la nariz.

—Un... un pequeño fuego de campamento —dijo rápidamente Anton.

—¿Fuego de campamento?

—Sí. Ayer por la noche.

Convencida no parecía estar, pero ahora habían pasado los cinco minutos y observó examinante el termómetro.

—37,1. No tienes fiebre. Sólo algo de temperatura.

—Pero me siento tan mal...

—¿Y quién va a cuidar de ti si te quedas en casa?

—Papá está aquí. Y el abuelo.

—¿Papá? —dijo ella riéndose—. Ya se ha marchado a la oficina hace mucho tiempo.

—Pero si hoy iba a... —dijo Anton deteniéndose confundido—. ¿No..., no iba a revestir con el abuelo la cocina?

—Sí. Pero se le ha presentado algo entretanto.

Anton notó cómo le subían las lágrimas a los ojos y tuvo que morderse la lengua para no ponerse a gritar.

Casi se mata para hacer desaparecer el ataúd del sótano... y entonces, cuando finalmente lo

había conseguido, se le presentaba algo a su padre, ¡sencillamente! ¡Una infamia era eso; que siempre tuvieran que cargarle todo el peso sobre los hombros!

—Tan malo no será —dijo su madre acariciándole la cabeza—. Todos estamos alguna vez enfermos.

«¡Si sólo fuera eso!», pensó, y sollozando se volvió hacia la pared.

—Te voy a hacer un té —dijo su madre—. Pero después me tengo que marchar.

Al irse ella, Anton se quedó tumbado en la cama mirando fijamente la manta. ¡Era un auténtico gafe! ¡Por otra parte... al menos el ataúd ya no estaba allí y si sus padres volvían a necesitar algo del sótano podían recogerlo ellos mismos tranquilamente!

Suspiró profundamente una vez más y después se encogió bajo la manta. Poco después volvía a estar dormido.

# El secreto se airea

Cuando su madre regresó a mediodía Anton estaba sentado en la cama. Se había colocado un par de cojines en la espalda y estaba leyendo.

—¡Hola, mamá! —sonrió.

—Pero si ya tienes mucho mejor aspecto —dijo.

—Bueno... —dijo tímidamente.

Que sólo había estado, simplemente, muerto de cansancio, prefería no descubrirlo.

—¿Qué es lo que hay hoy? —quiso saber. Después de las fatigas de la noche pasada tenía un hambre de lobo.

—Tortilla de patatas —contestó la madre—. Pero aún debo antes recoger patatas del sótano.

—¡Ah, vaya! —dijo, y le sobrevino una sensación de profunda satisfacción... ¡A partir de hoy el sótano le era indiferente! Pero notó que ella lo miraba expectante.

—¿No tienes nada en contra de que vaya al sótano? —preguntó.

—No —dijo—. ¿Por qué?

Ella se rió.

—Cuando quería ver las revistas del sótano tú no estabas de acuerdo. ¿Es que tu secreto ya no está allí?

—¿Mi secreto? —Contra su voluntad, Anton tuvo que reírse irónicamente. Ahora no le quedaba más remedio que aclarárselo a su madre—. El vampiro se ha marchado —dijo.

—¿El... qué? —exclamó.

—El vampiro que ha estado viviendo en el sótano —contestó Anton.

—¡Tú con tus vampiros! —prorrumpió ella agitando la cabeza—. ¿Es que era tan malo tu secreto que no me puedes decir la verdad?

—¿No encuentras tú suficientemente malo un vampiro que ha recibido una prohibición de cripta? —repuso.

—¡Vampiros, vampiros! —Como siempre que salía a colación este tema, su voz había sonado con un timbre nervioso—. ¿Es que no puedes ocuparte alguna vez con otras cosas?

—Sí —dijo riéndose irónicamente—. La semana pasada saqué de la biblioteca un libro sobre hombres-lobo.

—¡Bah! —hizo ella enojada saliendo de la habitación. Como era de esperar, no se había creído una sola palabra... ¡tanto mejor!

Oyó cerrarse la puerta de casa. Entonces hubo un silencio durante un rato hasta que giró la llave en la cerradura. Inmediatamente después su madre estaba en la habitación. En la mano sostenía una cesta de patatas..., y el cepillo de dientes del vampiro.

—¿Qué es esto? —preguntó observando con evidente repugnancia el cepillo, que sólo tenía arriba y abajo una fila de cerdas rancias.

—¿E... eso? —tartamudeó Anton—. No lo conozco. —¡Algunas veces era mejor faltar a la verdad!

—¡Brrr! —dijo su madre tirándolo a la papelera—. ¡Seguro que lo ha metido alguien por la

puerta! ¡Y allí abajo huele mal! —Sacó una patata de la cesta y la olió—. Espero que no se haya pasado a las patatas.

Con ello, fue a la cocina y Anton saltó rápidamente de la cama y sacó el cepillo de dientes de entre recortes de papel. Entonces lo guardó bajo su almohada y se apoyó cómodamente contra él.

—¿Me avisas cuando la comida esté lista? —gritó.



# Agradecimiento nocturno

—¡Pero mañana vuelves a ir al colegio! —dijo por la noche su madre.

—Humm —hizo Anton esperando que su voz se oyera lo bastante quejumbrosa.

Naturalmente, la madre no picó.

—Si aún estuvieras realmente enfermo, estarías durmiendo hace mucho tiempo —opinó.

—¿Ah, sí? —dijo Anton mirando el reloj: ¡casi las ocho!

En realidad, estaba completamente despierto... ¡en definitiva, había dormido hasta mediodía!

Pero lo más seguro era irse a su habitación y estar allí leyendo hasta que tuviera sueño.

—¡Buenas noches! —dijo.

—¡Buenas noches! —contestó el padre desde el cuarto de baño donde estaba tendiendo camisas.

—¡Que duermas bien! —dijo la madre.

En su habitación, Anton echó las cortinas, se puso su traje de noche y se echó en la cama. Melancólico, pensó en el libro sobre los hombres-lobo del que le había hablado a su madre. Esa hubiera sido ahora la lectura más apropiada..., pero, por desgracia, estaba en el departamento de libros para adultos, del que Anton no podía aún tomar en préstamo. Y *Carcajadas desde la cripta* se lo había regalado a Anna. ¡Por consiguiente, no le quedaba más remedio que volver a leer uno de sus libros! Acababa de coger de la estantería *Vampiros... las doce historias más terribles* cuando llamaron suavemente a la ventana. Un fuerte miedo le recorrió: ¿Sería... Tía Dorothee? En definitiva, ella sabía dónde vivía...

De puntillas, fue a la ventana y escudriñó por el resquicio de las cortinas.

En el poyete de la ventana estaba sentado el pequeño vampiro sonriendo amistosamente.

—¿Tú? —dijo sorprendido.

¡Hubiera contado con todos los vampiros posibles; con Tía Dorothee, con Lumpi, con Anna..., pero no con Rüdiger! ¡Después de todo, Rüdiger apenas acababa de pasar una prohibición de cripta!

—¡Mis padres están aquí! —advirtió mientras abría la ventana y entraba el vampiro.

—¿Y qué hacen? —preguntó el vampiro mirando desconfiado a la puerta.

—Ven la televisión. Telediario.

—¡Ah, vaya! —La cara del vampiro se relajó—. Entonces sí que están ocupados.

—¿No tienes miedo de que Tía Dorothee te pesque? —preguntó Anton.

—Sí —dijo el vampiro—. Pero yo vengo por Anna.

—¿Por Anna? —Anton notó cómo se ponía colorado.

—Sí. Ha dicho que yo debería sin falta darte las gracias.

—¿Dar las gracias? —La cara de Anton se había vuelto entretanto roja oscuro—. ¿Y por qué?

—Bueno —dijo tímidamente el vampiro—. Por lo hospitalario que has sido acogiéndome en tu sótano...

—¡Ah, por eso! —dijo Anton suspirando aliviado.

Durante un momento había creído que Rüdiger iba a hablarle de su disgusto con Anna..., ¡pero

de ello, afortunadamente, parecía no saber nada!

—¡Pues claro! —aclaró con fanfarronería—. ¡Tú en mi lugar hubieras hecho lo mismo!

—¡Desde luego! —asintió vehemente el vampiro—. Tú también puedes venir siempre a mi casa... —Hizo una pausa y miró pensativo a Anton—. Cuando seas un vampiro, quiero decir...

—¿Qué? —exclamó horrorizado Anton—. ¿Vampiro? —Un escalofrío le corrió por la espalda e incluso la sonrisa de Rüdiger le pareció amenazadora. Tragó saliva—. Yo no quiero en absoluto ser un vampiro —dijo.

—¿No? —dijo sorprendido el vampiro—. ¿Tampoco por... Anna?

—No —contestó Anton, enfadándose por que su voz sonara tan trémula—. Además, hemos discutido.

—Lo sé.

—¿Te lo ha contado Anna?

—Sí. Y debo preguntarte algo.

—¿A mí? —¡Enseguida volvió a ponerse colorado!

—Tengo que preguntarte si aún estás enfadado con ella.

Casi se había reído Anton en alto. ¿El iba a estar enfadado con ella?



—¡No! —exclamó sintiéndose de pronto como redimido—. ¡No estaba en absoluto enfadado con ella!

—¿De veras que no? —preguntó el vampiro.

—¡No!

—¡Pues bien!

Con estas palabras, el vampiro se acercó a la ventana y retiró las cortinas. Allí, en el rincón más exterior de la ventana, completamente envuelta en su capa, estaba sentada Anna.

—Todo en orden —declaró Rüdiger—. ¡Puedes entrar, pero sin hacer ruido!

Escurridiza, ella se irguió y saltó dentro de la habitación.

—¡Hola, Anton! —dijo.



ANGELA SOMMER-BODENBURG. Nacida el 18 de diciembre de 1948 en una localidad cercana a Hamburgo, es una escritora alemana. Estudió educación, psicología y sociología en la Universidad de Hamburgo. Ejerció de maestra durante doce años, dedicándose finalmente a sus dos pasiones, la pintura y la literatura. Ha escrito más de cuarenta libros entre poesía y novela. Su gran éxito han sido las novelas infantiles del pequeño vampiro, de las que ha vendido más de diez millones de ejemplares. Sus obras han sido adaptadas para el teatro, la radio, el cine y la televisión. La película del pequeño vampiro, dirigida por Ulrich Edel, fue estrenada en 2000.